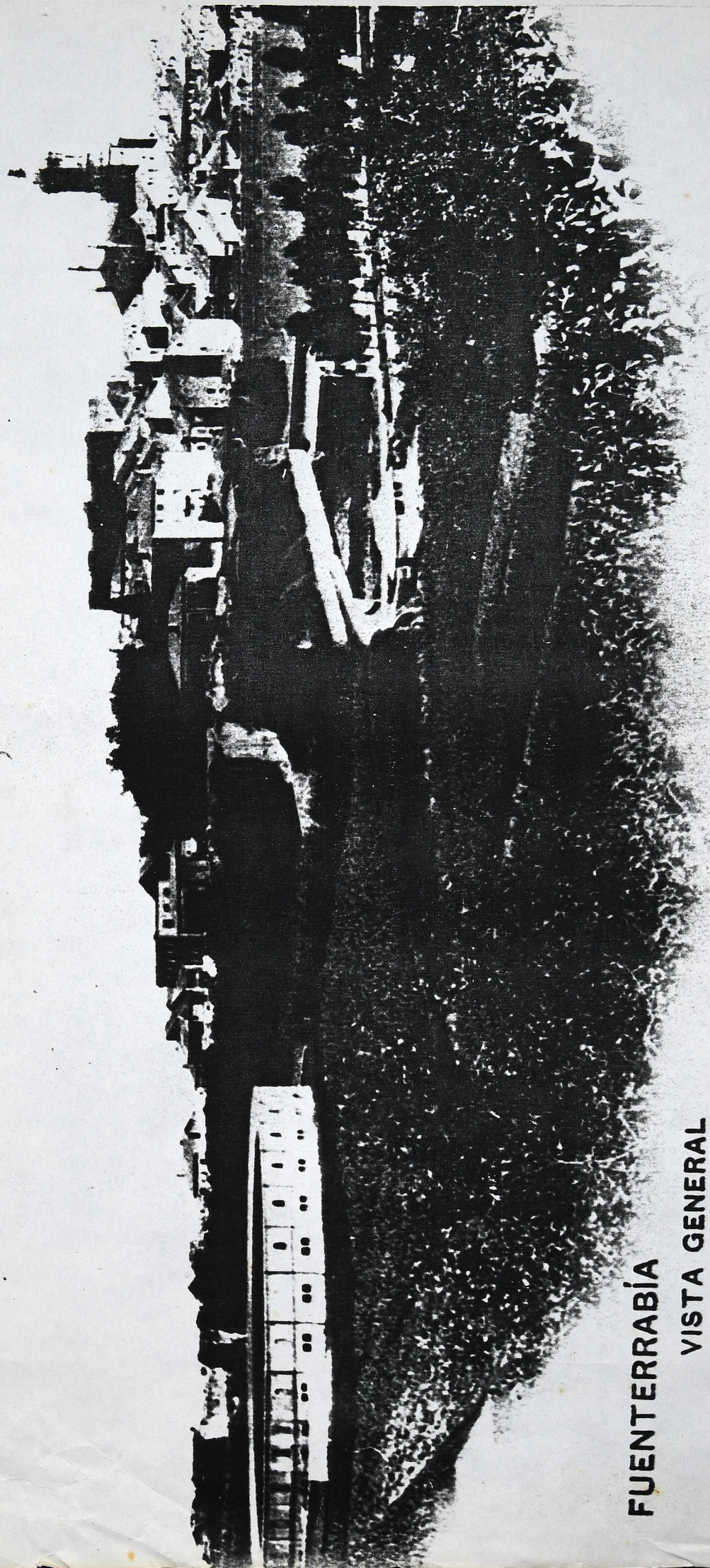


CAPITULO II

HONDARRIBIA

- Dictamen de la Real Academia de la Lengua Vasca Euskaltzaindia sobre el nombre de Fuenterrabia.
- Fontarabie : Le tour du monde.
- Hondarribia : El mismo escrito traducido al castellano.
- Relación de plazas, calles y barrios.
- Las Perspectivas "SCENOGRAFICAS" de San Sebastian de Lepuzcoa" y " O cubo de Fontarabia."



FUENTERRABÍA
VISTA GENERAL

EKIN ETA JARRAIN

(Fundada en 1918
bajo el patrocinio
de la Excmas. Dipu-
taciones de Navarra,
Vizcaya, Guipúzcoa y
Alava.
Reconocida oficialmen-
te: Decreto 573/1976-

REAL ACADEMIA DE LA LENGUA VASCA

EUSKALZAINDIA

ACADEMIE ROYALE DE LA LANGUE BASQUE

Ribera, 6 - Bilbao - 5
Tel: 4152745

Jose Luis Lizundia Ascondo, Secretario de la Comi-
sión de Toponomástica de esta Real Academia de la
Lengua Vasca-Euskaltzaindia, emite el siguiente

DICTAMEN:

Que el nombre euskérico del municipio, hoy oficial-
mente conocido como Fuenterrabia, es según el Nomenclator de
Municipios del País Vasco, preparado por la Comisión designa-
da por esta corporación: HONDARRIBIA.

Que desde el punto de vista etimológico, resulta evidente
que dicho topónimo procede de HONDAR (en castellano: arena) e
HIBIA (en castellano: vado). Significa por lo tanto: vado de
arena.

Que la grafía correcta del topónimo es HONDARRIBIA. Al
hacerse una única acepción, cae el fonema (H) del segundo vo-
cable, pues se refuerza el fonema último del primer vocable.
Es el caso de la asimilación del primer fonema por el último,
caso este muy típico en euskara, como también en otras lenguas
v.g.: en el alemán. Por otra parte, es evidente la aspiración
de HONDAR, tanto por constarlo así como nombre común hondar
(arena) como por la falsa etimología y traslación castellani-
zada el fonema (F), labial fricativa sorda, fon->fuen: dipton-
gación típica del castellano.

Que desde el punto de vista histórico, según investigacio-
nes efectuadas entre los autores que han estudiado el caso:
Gorosabel, Banus, Echart, J. M. Lacarra: Fueros de Navarra,
Fueros derivados de Jaca de Estella-San Sebastian.-Diputación
Foral de Navarra, Pamplona, 1969. HONDARRIBIA resulta más
auténtico que Hondarrabia u Ondarrabia.

Que a mayor abundamiento, el profesor L. Mitxelena, cate-
drático de lingüística y presidente de esta Comisión en su obra:
Textos arcaicos vascos.- Ediciones Minotauro. Madrid, 1964,
en su página 99 indica lo siguiente: "Es seguro que la forma más
antigua del nombre vasco de esa población (se refiere a
Fuenterrabia) es (H)ONDARRIBIA y no ONDARRABIA".

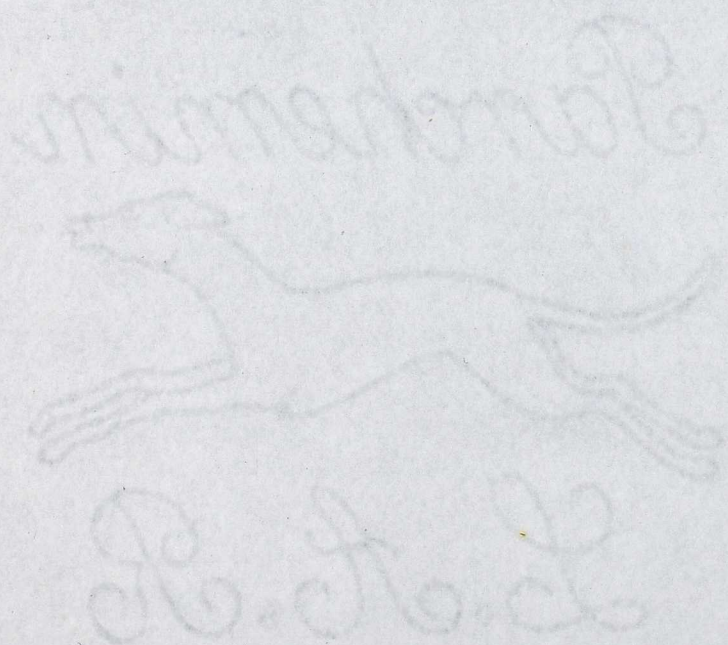
Que en la literatura euskérica aparece asimismo como
HONDARRIBIA u ONDARRIBIA.

Que en cuanto a la declinación es como sigue:

Nominativo: Hondarribia; Ergatibo: Hondarribiak; Geniti-

vo posesivo: Hondarribiaren; Genitivo locativo:
Hondarribiko, Dativo: Hondarribiari; Inesivo:
Hondarribian.

Y para que conste, expido la presente en Bilbao,
a uno de Febrero de mil novecientos setenta y nueve. =
Firmado y sellado. ="



HONDARRIBIA u ONDARRIBIA

En el Tomo primero de los seis que tuve la satisfacción de ofrecer al Excmo. Ayuntamiento, de mi trabajo "FUENTERRABIA - NOTAS HISTORICAS Y CURIOSIDADES HASTA 1969", Y EN RELACION A LA DENOMINACION EN EUSKERA DE NUESTRA CIUDAD, figuran:

"Libro de Actas del Ayuntamiento número 130 - 18 Mayo de 1785.

"Relación de la antigüedad y demás circunstancias más recomendables de esta Ciudad de Fuenterrabia para la Obra del Diccionario Geográfico de España interesadas por la Real Academia de Madrid.

nº 5 - Párrafo 2º

"Del nombre que en Bazcuence corresponde á esta Ciudad llamandose Ondarribia (aunque el Rey Dn. Sancho el Savio de Navarra, la llamó Undarribia, en un Privilegio concedido a la Ciudad de Sn. Sevastián) nada se puede descubrir en orden a su fundación, por que las dos voces Bascongadas de que se compone, que son Ondarra, Ybaia, ó Yria, de las quales la primera significa, ya la Arena, y ya, lo postero y Ultima: la segunda, Rio, la tercera en unas partes significa cosa Seca, y en otras el conjunto De Cossas menudas de una especie; y la quarta, quiere decir Lugar, Arenal del Rio, ó postero Rio, Arena Seca, ó Sitio enarenado y Lugar o Villa, que está a lo postero y ultimo, que es sin duda la significación mas genuina de Fuenterravia, por ser el último Lugar de esta Partte de España.

nº 8 - Párrafo 2º

Al nordeste cae el Puerto de Mar. La Barra por donde se enttra en él, es una grande, y larga playa de Arena, que atraviesa de España á Francia. Haze Frente al impetu, y Olas del Mar, que quando se embravese, rompen alli furiosamente, y tiene dos transitos ó entradas á los extremos de la Playa, la una por cerca, y á raiz del Promontorio Olearso, por el puesto que llaman Arcaizpea, la otra por punto á Ondarralzu, ó Ondarraizu, que es Arenal situado en la parte de Francia

DICE NADOZ, en su Descripción de Fuenterrabia
Año 1.847

Historia cuya primera noticia aparece en un instrumento del año 1190 habiendola fortificado el rey de Navarra Sancho el Sabio, quien llama Fuenterrabia y Ondarrabia.....

Miguel Rodríguez Ferrer en la Revista Euskal-erria de 1889, dice: Fuenterrabia - Su situación sus recuerdos y sus glorias,

"Fuenterrabia, en bascuence Ondarribia, playa de mucha arena, bien expresa su vocablo como casi todos de este lenguaje, la mucha que dejan mar y río al besarse y juntarse, con su rompiente el uno, con su desembocadura el otro.

=====

Página 46 - Fuenterrabia - Noticias Historicas - Conde de Llobregat -

"El nombre de Fuenterrabia, con que se conoce esta muy noble, muy leal, muy valerosa y muy siempre fiel ciudad, fué indudablemente tomado de su denominación vasca Ondarrabia, cuyo significado es, según Ocampo, sitio enarenado; según Garibay, arrenal de río (ondarra ibaya); en opinión de Gorosabel, a, undante arena, y en la de Oienhart y el P. Moret, postrer río (Ondarra ibay). Creemos, sin embargo, más lógico suponer, con Múgica, que su verdadero significado es el vado de arena (ondarra ibia), como Behobia es vado de abajo (beo ibia).

=====

HISTORIA - Gorosabel

FUENTERRABIA - ONDARRIBIA

=====

ANTIGUEDAD

"La primera noticia que tenemos de esta antiquísima población, se halla en la carta-puebla concedida por el Rey don Sancho el Sabio de Navarra a San Sebastian el año 1150, en donde se dice:

"Dono ad populos de Sancto Sebastiano pro termino de ONDARRIBIA usque ad Orian.... "o sea: "Doy a los pobladores de San Sebastian por término desde Ondarribia hasta Orio..."

En esta forma es como figura escrito el nombre de este pueblo, la primera vez que hace su aparición en documento conocido, aunque luego vemos que se le denomina Ondarrabia, cuando se quiere expresar su nombre en vascuence, pues oficialmente figura con el nombre de Fuenterrabia desde tiempos muy antiguos.

Sin duda en su origen se pronunciaba HONDARRIBIA con h. que debía sonar tan fuerte que hubo de conservarse en su equivalente f cuando se latinizó después, convirtiéndose en Fontarrabia, y más tarde en Fuenterrabia.

No hay duda que su nombre nativo euskaro es ONDARRIBIA, palabra compuesta de estas dos, ONDARR-IBIA, ONDARR, significa "arena", "arrenal, y también "poso", "limo".

Ibia, vale tanto como "vado", y todo junto ONDARR-IBIA = "vado de arena o del arrenal" - ó "vado de limo".

Cualquiera de estas significaciones le cuadra perfectamente a la histórica ciudad.

=====

FUENTERRABIA - DON SERAPIO MUGICA

"ONDARRIBIA" es el nombre vasco de esta vetusta ciudad, y está formado indudablemente, de las dos palabras ONDAR - "Arenas" é IBIA - "vado"; significa, pues vado del arenal, vado de arena que cuadra perfectamente á la ciudad, porque el río Bidasoa, en cuya desembocadura se asienta, en las cercanías de la población, puede atravesarse á pié en baja mar.

.....

CLAUDIO OTAEGUI - sus obras

Ondarribiko chertoa 1638-an

Ondarrabiako arrantzaleen bizimodu gaitza

Entre las listas de obras que publicó -
falleció 10 de Enero 1890 - por Arturo Campión

Ota egi-ri

Bestela galde, galde Ondarrabiyan - Karmelo Echegaray

ASTO BATEN YPUIA

Ondarribian Urriaren 17en 1882 en

ERANZUETA EGOKI BAT

Ondarribian Agorraren 23en 1882 en

Ondarribiko Euskal-Pestak

Ondarribian Buruillaren 12en 1883en -Manterola Jauna
(hace relación de las fiestas D. Claudio Otaegui
=====

Carta abierta al Poeta Claudio Sagarzazu - "Yntza Begietan
Lekuona apaiza
Ondarribia

Ayalde en este libro dice Ondarribia - Ondarribitik Donostira.

Ondarribia - Agur nere errizkar, Ondarribia
muchas veces menciona Ondarribia

1949'go urtean Ondarribiko uriak ospatutako sariketan lendarribiziko sariz saritutako olerkia

Pio Baroja - en "El Bidasoa", fiestas Euskaras- 1925, menciona Ondarribia

Programa Fiestas Euskaras 1925 - Don Serapio Múgica
"Ondarribiarras Ylustres"

Gregorio Múgica - Por fin Fiestas Euskaras - Ondarribia varias veces

Reseña de las fiestas Euskaras de Bildari - Ondarribiarras,
Corporación municipal Ondarribiarra -S.M. de Ojarbide

Fiestas Euskaras 1925 - Las Notas de Cultura
de habla de "Ondarribian" por la Corporación municipal

Saritatuko lanak - Ondarribiko Euskaal jaiak
Diputazioa'k eta Ondarribi'k, bakoizak bere aldetik de E, Es-
naola.

José Elizondo - Batzaldietako sariak banatzeko Ondarribi'n
egin zen jaian, bere egiteak irakurri zuan olerkian.

Juan M. Iturrioz, olerkia - Guadalupe'ko izara "Jaizkibel'etik
Ondarribi'ra.

Claudio Sagarzazu Bidasoa'ko Luñaldeari agúr - Ondarribi'ko erriak
eguindako batzaidian..... Ondarribi. Udaberrian - Ondarribi.

Intzagarai Eramon dice - Ondarribi.

Pueblo Vasco de San Sebastian - 10 Septiembre 1925 - En Ondarri-
bis.

Juan Bazurko - en su obra Jesús - Sarrera - Arotz txintxo bat
degu Bazurko, Yrun'go arotz txintxo bat. Ondarribia'n jaioa,
eta Irun'en bizi.
Lekuona Apaiz

Bazurko - Jaizkibel-pean jaio nintzan ni
Ondarribi'ko lurrean.

Diccionario Castellano-Vasco por Plácido Múgica Berrondo
Académico Correspondiente de la Academia de la Lengua Vasca.

Arenillo - ONDAR-ONTZI
Arenicolo - ONDARRIKO, ONDARTAR, ONDAR
Arenilla - ONDAR KE, ONDARKIRRI, cálculos de la orina.
Arenisco, ca - ARETSU, ONDARTSU, LEGARTSU
Are-arri, ONDAR-ARRI
Arenoso - arenisco 2 semejante a la arena -ONDAR-ANTZEKO

=====

Diccionario Castellano Vasco, de P. Roman de Bera

Arena - ONDAR
Arenaceo - ONDARDUN, ARDEN, ONDARTSU
Arenación - ONDARRZTE, ONDARDI
Arenal - ONDARTZA
Arenar - ONDARREZTU.

=====

INVENTARIO DE LOS FUEROS FRANQUIZAS-PRIVILEGIOS-
ESEMPCIONES y MRDS. que tiene en este Libro la
Ciudad M.N.M.L. y M.B. de Fuente Ravia de Yndar Yria
(corrupto) Ondar Yvia, en el Ydioma basconico
.....

=====

El año 1958, existió en Fuenterrabia el periodico "ONDARRIBI"

=====

DICCIONARIO DE TXILLARDEGI -

Euskara Batua en su tercera edición 1977, señala en
Euskal Herriko leku-izenak

FUENTERRABIA: HONDARRABIA - ONDÁRROA: Ondarroa -
Ormaiztegui - Ormaiztegui - Oyarzun: Oiarzun,
y refiriéndose a la arena señala .
HONDAR: arena; poso = HONDARTZA: playa.

Izen lerrokada hau 1964-an prestatu zuen Baionako
"Euskal Idazkaritza-k.

Euskaltzaindiak izendatu duen Batzordea lanean ari da
honi buruz, eta oraindik ez du bere Txostena ezagutarazi.

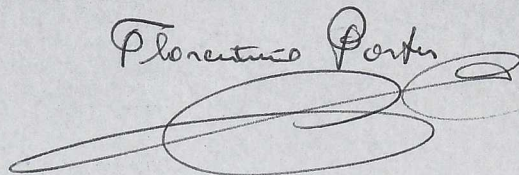
Artean, beraz, eta Euskaltzaindiak bere leku-izen
lerrokada argitara artean, hau erabil daiteke.

=====

Incluyo en esta información, realizada desde el punto de vista histórico, copias de dos crónicas publicada por EL DIARIO VASCO, en 8 de Febrero y 13 de Abril respectivamente de este año, de Don José María Echaburu Echaburu y Don Javier Arregui Arenaza, por considerarlos importantes.

Ondarribi'an Garagarrilla'en zaspi'an 1979.

Plenitudo Portu



D.V., martes, 6 de febrero de 1979

ESCRIBEN LOS LECTORES

¿Ondarrabia u Hondarrabia?

El corresponsal de Fuenterrabia en este periódico, el señor Ardaiz, ante el confusionismo que se ha creado respecto a la ortografía a emplear al escribir en vascuence el nombre de esta ciudad fronteriza, opina que el Ayuntamiento debe consultar al Euskaltzaindia o Academia de la Lengua Vasca sobre el particular para salir de dudas para siempre, si debe ir con la H inicial o sin ella.

Sin esperar a lo que dictamine la máxima institución en lo que atañe al vascuence (todos sabemos que simpatiza con la H) permítaseme que exponga mi opinión respecto a la cuestión. Al fin y a cabo es una cuestión que me compete pues pertenezco a dicha institución aunque sea como miembro Corresponsal de la última fila.

Es probable que en tiempos remotos se haya escrito, sobre todo en los documentos, Hondarrabia y Hondarrabia, como también se escribía Fontarrabie aunque sea en francés. Y saco a relucir esto del francés porque las dos letras la H y la F podían representar el mismo sonido, a la que hoy se conoce como la H aspirada. Según tengo oído también el pueblo en que yo vi por primera vez la luz, Ondárroa, está escrito con la H inicial en algunos documentos antiguos.

Pero eso que pudo ser corriente en documentos antiguos no cuajó en la literatura del vascuence en esta parte del Bidasoa. Y no cuajó porque para cuando se empezó aquí a escribir en vascuence se había dejado de pronunciar la H aspirada, si es que antes sí se hacía, cosa probable.

Ya aireaban esta cuestión los escritores vascos hace dos o más siglos, aunque no parece que con tanta intensidad como ahora. Están contra el uso de la H Kardaberaz, Moguel y Añibarro. Larra-mendi sólo la admite para diferenciar los homónimos y Añibarro comenta favorablemente este parecer de Larra-mendi.

Los vascos empezaron a escribir el vascuence conforme a las ortografías de los idiomas oficiales o imperantes de los Estados en los que ellos formaban parte. Con ortografía francesa los de el otro lado de Bidasoa y con la ortografía castellana los de este lado. Mas con el correr de los tiempos fueron creando una ortografía propia. Tiraron por la borda todas las letras sin valor e hicieron una ortografía que aún por extraños es considerada como ejemplo de lo práctico. Pudieron hacer esto porque no nos pesaba el lastre de una larga tradición. La literatura vasca no es antigua, por lo tanto no ha existido ortografía vasca y cuando se ha ido a crear se han tenido en cuenta las inconveniencias de

otras lenguas para evitarlas, igual que cuando se va a crear un nuevo tipo de coche se tienen en cuenta los defectos de los coches anteriores, naturalmente para corregirlos.

Aún cuando en algunos puntos todos no estábamos de acuerdo, en cuanto la H había dejado de existir como cuestión. En este lado de Bidasoa nadie la usaba en este siglo. Aún en los comienzos de la década 60 era totalmente desconocida. Repito, nadie la usaba y nadie veía necesario ni conveniente su uso. Era una letra totalmente ignorada. Para comprobar este aserto mío basta repasar cualquiera colección de revistas como «Zeruko argia». Recuerdo que sólo la usaba y abogaba su uso el malogrado poeta bilbaino Gabriel Aresti. Y la gente escritora para la cual no existía el problema de la H, cuando se empezó a airear el asunto de la noche a la mañana se tiró por la dicha letra.

Cuál era la razón para querer dar legitimidad a una letra que iba contra la costumbre y hacía más difícil la ortografía? Más que nada era política la que influía, aunque aparentemente era la unidad del vascuence la que exigía el uso de dicha letra, que en la práctica sólo es pronunciada por los vascos de allende de Bidasoa, o sea por una minoría de la población vasca.

Aquí es necesario una pregunta. La H es esencial en los dialectos vascos de allende Bidasoa o sólo es un fenómeno fonético de dicha determinada zona como lo son la X de «mendixa» en parte de Vizcaya y la Y en «mendiya» en otra

parte de Guipúzcoa? Nosotros los vizcaínos hemos eliminado a la dicha X en favor de la unidad ortográfica y no creo que la Y tenga mucha vida por delante. Entonces no sería más justo que igual que nosotros hemos eliminado la eulórica X se haga lo mismo con la H?

Txillardegui decía en un escrito publicado hace varios años que la H era esencial en algunos vocablos en los dialectos de más allá de Bidasoa. Ignoro si en muchos o en pocos. Bien, a ningún vocablo se le puede suprimir letra alguna que le fuera esencial. Me gustaría saber cuáles son esos vocablos donde la H es necesario. De todos modos es cuestionable esa razón. Pero fuera de esos casos no hay porque usar la H en la escritura, ni los mismos que la pronuncian deberían usarla.

Euskaltzaindia aprueba y aconseja el uso de la H, pero no creo que hay dicho nada respecto a su uso en nombres propios como Ondarrabia, Ondárroa etc.

Nosotros estamos contra la H porque sin necesidad alguna vino a dividir a los que escribíamos en vascuence y hacerlo más difícil.

Yo personalmente no aconsejo nada a los que han hecho la pregunta. Sólo me quiero exponer las razones por las cuales no aprobamos la H.

Desde luego, estoy convencido que se impondrá la H pero no será porque para ello les sobran razones a sus partidarios.

José M^o Echaburu Echaburu.
D.N.I. 14.185.606

SOBRE EUSKALTZAINDIA Y LA "H"

=====

Publicada en el Diario Vasco del 13 de
Abril de 1979.

Acabo de leer, en el periódico de su digna dirección, de hoy día 12 de abril, una declaración de la Real Academia de la Lengua Vasca "Euskaltzaindia" en la que los "jauntxos" de dicha entidad, siguen erre que erre en su contumacia en meternos la dichosa "H", aunque sea con calzador.

Esta vez, se me antoja que su táctica operativa por llamarlo de algún modo, ha sido (sinuos) más sinuosa, más ladina o jesuitica, o llamesele como quiera. Esta vez, igual que los corconeros que se entretienen en pescar en los puentes de nuestra ciudad, lo que han tratado de hacer, ha sido echar primero el cebo, y luego, lanzar el anzuelo. Lo que pasa es que, uno ya es lo suficientemente "Pez" viejo", para desgracia propia, para no ver el cebo, la carnada y las intenciones nada sanas que sustentan dichos "ilustres tres-académicos".

Se nos dice que la "Academia toma posición en pro del estudio y cultivo de las hablas locales y de los dialectos", pero esto que, visto así puede constituir hasta un deseable cambio de rumbo en la línea seguida hasta ahora por Euskaltzaindia, resulta que no es tal, por cuanto que, tras hacer esa afirmación, se muestran acordes también en exigir una "Unidad ortográfica", y esto, que también es aceptable por todos y para todos, resulta que reviste una insalvable dificultad casi, y es, en el terreno de qué ortografía adoptar.

Como es bien sabido por todos, la problemática de la "H" en el euskera, es solamente una problemática gráfica, pues al ser muda, no tiene incidencia alguna en el euskera oral. Y cuando los "ilustres" académicos de Euskaltzaindia hablan de una "ortografía" que conlleva la utilización de la tan debatida, de la tan disgregadora, de la tan antiestética, de la tal inútil, de la tan entorpecida "H".

Se me dirá que, en efecto quienes, si no son los "ilustres" académicos, promulgarán una ortografía del euskera. Pero yo me atrevería a asegurar, con los conocimientos que de ello tengo, (por supuesto no tan profundos como los de los "ilustres" académicos) que el euskera ya tenía de antes una ortografía más o menos aceptada y sin tener que recurrir para nada a la dichosa "H".

Quedamos pues en que, nuevamente, si bien de una manera un tanto más sutil ahora la Academia ha vuelto por sus fueros, y ladinamente, ha intentado implantar nuevamente el uso obligatorio de la "H". Es lo que cabía esperar de ellos.

Saludándole, queda de usted

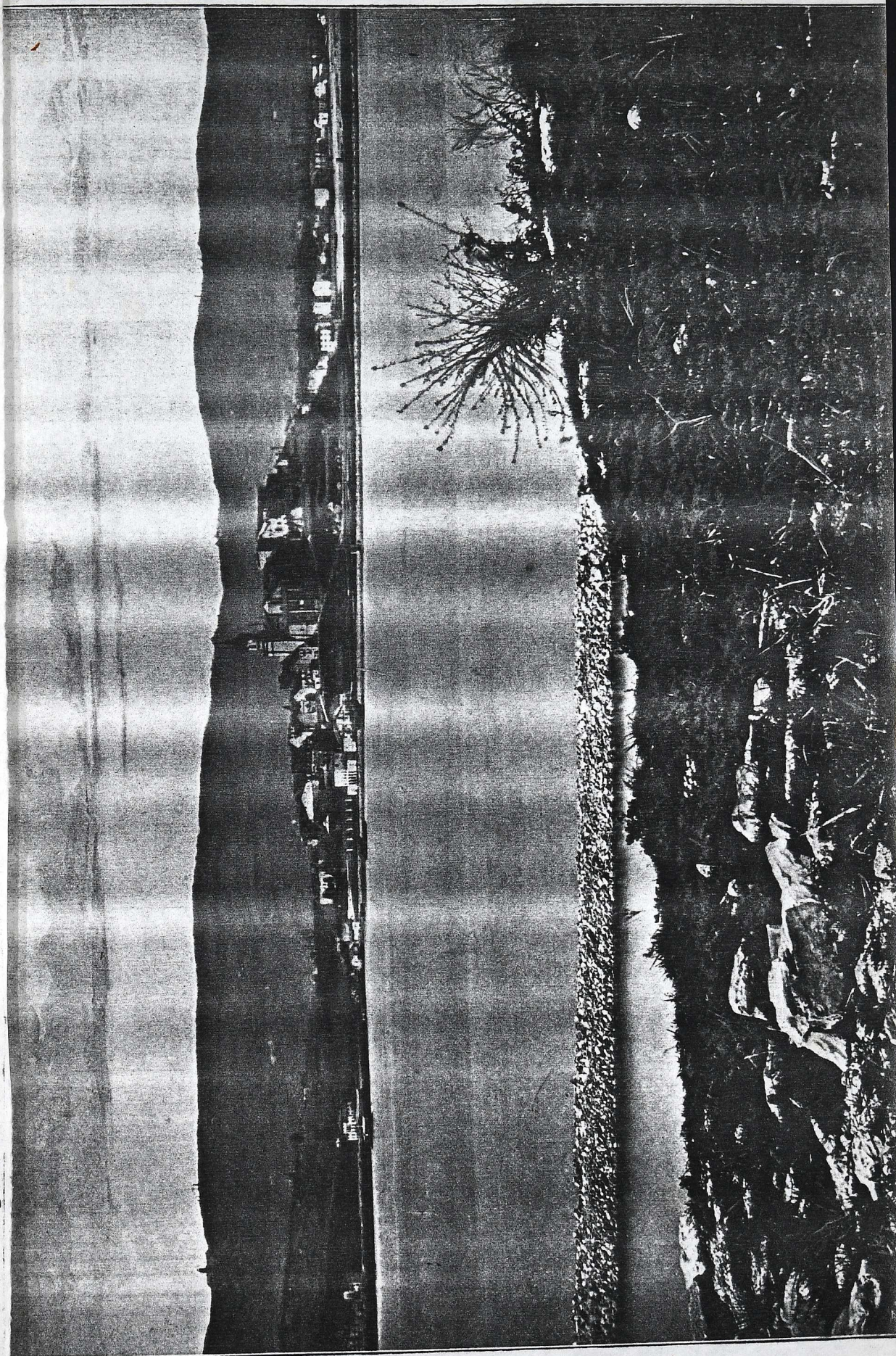
JAVIER ARREGUI ARENAZA

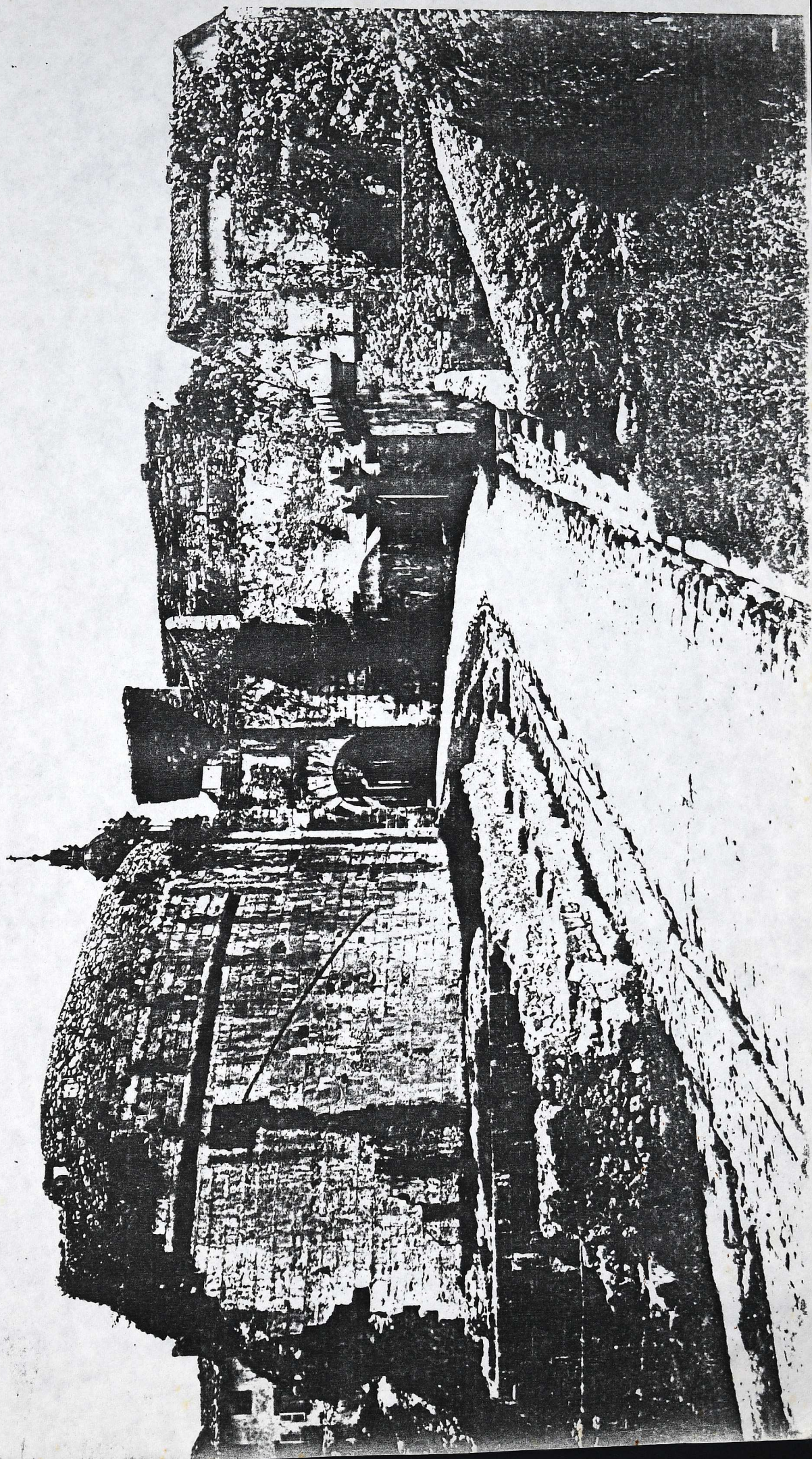
VISTA DE FUENTERRABÍA

Levy, fot.: Paris

Es Fuenterrabía una ciudad de 3,600 habitantes de la provincia de Guipúzcoa, situada en una mediana elevación que forma gracioso y pintoresco anfiteatro, en la orilla occidental de la ría de su nombre, por donde desemboca el río Bidasoa fronterizo con Francia, y a la falda oriental del promontorio Easo u Olarso, que deriva del monte Jaizquibel. Su antigüedad data según algunos escritores del siglo VII, pero lo que se sabe de cierto es que en ella se celebró en 943 un concilio. A fines del siglo XII la fortificó Sancho el Fuerte de Navarra y en 1203 Alfonso VIII de Castilla la concedió grandes privilegios. Situada en 1476 por 40,000 franceses, se resistió heroicamente, obligando á retirarse á los sitiadores, lo que consiguió también en 1513; pero en 1521 cayó en poder de Francis-

co I que la poseyó tres años, hasta que la ganó el condestable de Castilla don Inigo de Velasco, mandándola fortificar Carlos V. Célebre fué también el sitio que sufrió en 1633, en el que se distinguieron las mujeres, defendiéndose los sitiadados por espacio de 70 días contra 29,000 hombres mandados por Condé, á los que causaron 3,500 muertos. Durante las guerras carlistas ha tenido asimismo bastante que sufrir. Fuenterrabía, como plaza fronteriza, tuvo castillo y muros formidables de los que aun se ven restos, correspondientes á la fachada de Poniente, que es de la época de Carlos V, y á las construcciones sobre el Bidasoa que son anteriores. La Casa consistorial y la iglesia parroquial son edificios bastante buenos, y espaciosa la plaza situada en el punto más céntrico de la población.





Partie basse de Fontarabie, habitée par les pêcheurs. — Dessin de Grandsire¹.

FONTARABIE

(ESPAGNE)

PAR M. E. DOUSSAULT.

1873. — TEXTE ET DESSINS INÉDITS.

I

Bayonne. — Les cacolétières. — Voyage en panier. — Les légendes basques. — Demi-sommeil poétique. — Béohobie.

Il y a de cela beaucoup d'années déjà. J'avais enfin le bonheur de réaliser un rêve longtemps caressé : je partais pour une longue excursion à travers « les Espagnes. » J'étais à Bayonne : encore quelques heures, et cette terre chevaleresque, parcourue déjà tant de fois par mon imagination, j'allais la voir réellement. Je ne craignais pas les déceptions : je sentais bien que mon enthousiasme et ma jeunesse projetteraient sur tout ce que je rencontrerais des couleurs magiques. J'avais d'ailleurs quitté Paris avec la volonté arrêtée, avec la résolution très-ferme de savourer tout entière la poésie que devait certainement receler la patrie du Cid, et pour mieux me tenir ma parole à moi-même, je m'étais promis de me faire Espagnol autant qu'il serait en moi.

Avant même que j'eusse franchi la frontière, une occasion excellente se présenta pour mettre en pratique un vieil usage basque bien éloigné des mœurs parisiennes, et qui me jetait brusquement dans un monde tout nouveau. Sur les glacis de la porte d'Espagne, à Bayonne, j'avais vu un groupe de jeunes filles, alertes et de belle humeur, qui causaient gaiement tout en consultant attentivement du regard les passants qui avaient la mine de touristes. Au joli costume des Bayonnaises, elles avaient ajouté, comme coiffure, un grand chapeau de paille, aux vastes ailes, orné de larges rubans de couleurs éclatantes. De ce chapeau s'échappaient deux longues tresses qui flottaient libre-

ment sur leurs épaules ; un châle rouge enveloppait le corsage, et les deux bouts, se croisant, allaient se renouer autour de leur taille. Au près d'elles, attachées à des piquets, se tenaient des mules coquettement harnachées, qui semblaient impatientes de partir. Fort intrigué par ce groupe si animé, je demandai à un bourgeois bayonnais pourquoi ces jeunes filles restaient ainsi à stationner auprès de leurs mules.

« Eh bien, elles attendent qu'on les loue ! Ce sont des cacolétières. Elles vous conduiront partout où vous voudrez, et à Madrid même, si le cœur vous en dit. »

Je ne pouvais pas hésiter. J'avais pensé d'abord prendre tout simplement la diligence, et je la trouvais même assez pittoresque. Les mules empanachées qui devaient la traîner m'avaient séduit, mais les « cacolétières » l'emportaient évidemment, et de beaucoup, en couleur locale. Je m'approchai donc des belles Bayonnaises qui, du reste, devinant mes pensées, s'étaient rapprochées en foule de moi, et mon marché fut bientôt fait. Je n'étais pas dans une position d'esprit qui me permit de marchander longtemps. J'aurais voulu déjà être en route. J'allais faire mon entrée en Espagne d'une façon vraiment originale, et qui dépassait même mon attente. Mon marché conclu pour me conduire jusqu'à la frontière, il s'agissait d'enfourcher ma monture. Je devais, là encore, trouver une surprise inattendue.

C'était dans un panier que j'allais voyager.

Chaque mule, en effet, portait un bât auquel étaient suspendus deux paniers disposés de façon à pouvoir

1. Tous les dessins de cette livraison sont de M. Grandsire.

servir de siège, et ma cacolétière m'invita en souriant à prendre place dans l'un d'eux, ce que je fis non sans quelque embarras. L'autre panier était destiné à la cacolétière elle-même, et elle s'y installa prestement. Mais avant d'y monter, elle avait eu soin d'y placer un certain nombre de grosses pierres, destinées à compenser la différence assez considérable de poids qui existait entre ma compagne de voyage et moi. Quant à mon bagage, il fut fixé solidement au milieu du dos de la mule. Dès que tout fut bien installé, la vaillante bête, malgré le fardeau qu'elle portait, partit d'un pas allègre, faisant joyeusement sonner ses sonnettes, et secouant la tête, comme pour faire briller au soleil les glands rouges et les plaques de cuivre poli qui ornaient son front.

Aujourd'hui, hélas! c'est en vain qu'on chercherait les gentilles cacolétières sur le glacis de Bayonne. La diligence elle-même a presque disparu. C'est en vulgaire wagon qu'on franchit la frontière. Les esprits amoureux de couleur locale peuvent s'écrier tristement : « Adieu, paniers! vendanges sont faites! »

Tout en les regrettant très-sincèrement, je dois déclarer cependant en toute franchise que ces paniers si poétiques n'étaient pas absolument commodes, et que dans un long voyage ils pouvaient avoir pour les reins des inconvénients sensibles. Leur plus grand avantage, c'était de donner au touriste la société presque toujours très-agréable d'une gaie compagne, qui se plaisait à tromper les longueurs de la route en racontant à son hôte quelques-unes de ces légendes indigènes qui font la joie de l'érudit comme du poète.

Parmi les cacolétières, il y en avait jadis quelques-unes qui, à ce point de vue, jouissaient d'une grande et juste célébrité. Non-seulement elles connaissaient tous les sentiers de la montagne aussi bien qu'un contrebandier, et pouvaient diriger des excursions délicieuses dans des sites inconnus dont elles avaient su découvrir la beauté, non-seulement elles parlaient, dans toute son étrangeté, le basque le plus pur, mais elles avaient à la disposition de leurs auditeurs de passage un trésor de récits, de contes qui auraient transporté d'aise un émule des frères Grimm.

Je n'avais pas le droit de prendre ce titre, mais j'avais le goût de tout ce qui sentait le terroir, et dès que je me fus un peu habitué au siège sur lequel j'étais assis, je tentai de lier conversation avec ma compagne, espérant recueillir d'elle quelque légende inédite. Ce n'était pas tout que de voyager dans un panier; il fallait tâcher d'ajouter à ce plaisir contestable du corps quelque satisfaction plus réelle de l'esprit.

Le hasard m'avait favorisé dans mon choix. Ma cacolétière ne se fit pas prier deux fois, et dès qu'elle vit que j'étais disposé à l'écouter, elle ne tarit plus.

J'ai malheureusement négligé de noter ces fragments de poèmes rustiques, d'idylles paysannes qu'elle fit défiler devant moi; dans tous ses récits, il n'y avait peut-être rien de très-remarquable, rien qui méritât l'attention d'un critique jugeant à tête reposée, mais

pour moi, cette verve naïve, cette abondance facile m'enchantaient, et le voyage de Bayonne à Béhobie m'a laissé une des impressions les plus agréables que j'aie recueillies dans mes longs voyages.

C'est le poète anglais Gray, je crois, qui a dit que pour sa part de paradis il ne demanderait qu'à être couché pendant toute l'éternité sur un divan où il lirait constamment des romans nouveaux. Je n'étais pas précisément sur le divan que souhaitait le poète anglais, mais je goûtais dans toute leur plénitude les délices d'imagination qu'il estimait à si haut prix. Devant mon esprit délivré de toute espèce de soucis et de préoccupations apparaissaient à la voix de ma compagne, et passaient doucement de vagues tableaux, des figures variées et souriantes, qui se mêlaient aux paysages changeants dont j'étais entouré. Devant moi se dressaient au loin les cimes de la chaîne des Pyrénées; balancé par l'allure régulière de ma monture, et à demi endormi, plongé dans ce demi-sommeil si propre à la rêverie poétique, je croyais voir parfois la chaîne entière placée devant mes regards prendre la vie et le mouvement; elle s'agitait sur le ciel et ajoutait une apparence fantastique aux scènes que déroulait à mon oreille ma narratrice infatigable. Sur la droite, je devinais la mer, qui se laissait voir de temps en temps; je croyais en entendre les murmures, que je confondais parfois avec la voix musicale de ma compagne; tout, autour de moi, se réunissait pour me plonger dans un engourdissement plein de visions, et je ne pourrais pas dire au juste combien de temps dura mon voyage. Je fus tout étonné quand, par l'arrêt de ma monture et par le choc que je ressentis lorsque la cacolétière sauta de son panier, je fus doublement averti que nous étions arrivés.

Nous étions à Béhobie, tout près du pont fameux, alors en bois, aujourd'hui en pierre, qui mène de France en Espagne.

Après être sorti de mon panier et de ma rêverie, je remerciai chaleureusement ma cacolétière du chapelet agréable qu'elle avait déroulé pour moi avec une complaisance si cordiale, et au sourire ironique avec lequel elle accueillit mes compliments, je crus voir qu'elle me soupçonnait de m'être laissé aller, pendant ses récits, plus loin que le demi-sommeil. Je n'oserais affirmer qu'elle me calomniait complètement; mais que j'aie entendu ses légendes basques éveillée ou endormi, elles me paraîtront toujours dans mes souvenirs également délicieuses.

II

La Bidassoa. — Obstacle inattendu. — Les *Cristinos*. — Heures de loisir à Hendaye. — Panorama splendide. — Profil de Fontarabie. — Tentation. — Les oreilles des Anglais. — Abandon forcé de mon itinéraire. — Regrets persistants. — Nouveau départ. — Trente ans après. — Plus de cacolétières, mais toujours de la fusillade.

Je fus tout étonné du silence qui régnait tout autour de moi. Lorsque la gentille cacolétière eut disparu,

je me trouvais sur le bord de la Bidassoa dans une solitude complète; aucune des maisons voisines n'était ouverte et je regrettais bien d'avoir laissé partir si imprudemment ma compagne qui, connaissant le village, aurait pu m'indiquer quelque auberge, s'il en existait. Le seul être vivant que j'apercevais était un soldat qui montait gravement sa faction sur la moitié française du pont de frontière; il était détaché d'un poste assez nombreux dont, bientôt après, je pus constater la présence dans une rue voisine.

Cette sentinelle semblait m'observer d'un air assez méfiant. Je m'approchai pourtant, et lui exposai mon embarras, lui disant que je me rendais à Madrid, et que je désirais passer le plus tôt possible de l'autre côté de la Bidassoa.

« Est-ce que vous voulez recevoir un coup de fusil? » me répondit-il d'un air brusque.

J'avais bien entendu parler sans cesse à Paris de la lutte des *Cristinos* et des *Carlistas*; je savais bien qu'Espartero courait après Zumalacarregui, et que Zumalacarregui courait après Espartero, mais cette guerre civile des provinces basques durait depuis si longtemps que personne n'y attachait plus d'importance. Je ne m'étais nullement figuré qu'il y eût du danger à prendre le chemin le plus court pour aller à Madrid.

Une conversation de quelques minutes avec le soldat de faction me mit bien vite au courant des affaires de la frontière. Il n'était pas de jour où l'on n'entendît retentir une fusillade plus ou moins nourrie sur l'autre rive de la Bidassoa, soit du côté d'Irun, soit du côté de Fontarabie; parfois même on assistait à des escarmouches en règle entre les troupes royales et les bandes insurrectionnelles. Les Espagnols semblaient se plaire à donner le spectacle d'une petite guerre à leurs voisins les Français.

Nos braves fantassins, qui respiraient ainsi sans cesse l'odeur de la poudre, étaient au supplice de ne pas pouvoir prendre leur part de la fête; obligés de rester l'arme au bras, et de servir de témoins à la lutte, ils s'impatientsaient du rôle pacifique auquel ils étaient condamnés. Heureusement pour eux, parfois une balle égarée venait se perdre sur la rive française; cet incident leur donnait le droit de faire à leur tour parler la poudre, et ils en usaient avec une joie d'enfant. Aussitôt que le délit avait été commis, un mouvement subit se communiquait de sentinelle en sentinelle tout le long de la Bidassoa, et les quatre pièces de canon rangées en batterie le long du pont de Béhobie envoyaient deux ou trois salves de protestation aux délinquants de l'autre rive. Ceux-ci, au grand dépit de nos soldats, ne tardaient pas à arborer le drapeau parlementaire, et un officier carliste ou royal, franchissant le pont, venait expliquer l'incident et promettre que toutes les précautions seraient prises pour qu'il ne se renouvelât pas, ce qui n'empêchait pas que la même scène ne se reproduisît à tout moment.

Il y avait là certainement un obstacle assez inattendu pour moi, et dans mon plan de voyage je n'avais nullement fait entrer le projet de traverser deux armées en lutte. Je résolus d'attendre un peu, pour me mettre au courant des difficultés du passage et des moyens d'en triompher, et espérant aussi que les bandes de Cabrera se porteraient bientôt d'un autre côté.

Pendant presque une semaine, je passai mes journées à errer le long de la Bidassoa, poussant tous les jours jusqu'aux ruines du vieux château fort d'Hendaye qui domine tout le golfe que le petit fleuve forme à son embouchure entre les collines de France et l'éperon du cap du Figuier, contre-fort du Jaïsquibel, montagne espagnole : là, dans une solitude complète, je restais couché sur l'herbe, laissant les heures s'écouler, et jouissant en paix d'un admirable panorama.

Derrière moi s'étendait à perte de vue la chaîne des Pyrénées, se colorant de toutes les teintes suivant les heures du jour; à mes pieds se déroulait jusqu'à l'infini l'inaltérable azur d'une mer sans rides et sans voiles; en face de moi, comme premier plan, se dressait fièrement sur son rocher le fort de Fontarabie, servant, sur la rive gauche de la Bidassoa, de pendant espagnol au vieux fort français d'Hendaye.

Quand j'étais las d'étudier les nuances changeantes de la lumière se jouant dans les gorges de la chaîne, quand j'avais rassasié mes regards du spectacle de l'Océan, je les reportais avec une curiosité passionnée sur cette petite ville de Fontarabie, que j'avais notée sur mon itinéraire comme ma première station, qui était sous mes yeux, que je pouvais pour ainsi dire toucher, et où il m'était interdit de pénétrer. Enveloppée dans son enceinte à demi croulée, se mirant coquettement dans les eaux de la Bidassoa, elle semblait me regarder avec ironie. C'est en vain que j'essayais, aidé de ma longue-vue, de pénétrer dans ses rues obscures et étroites; je ne pouvais distinguer que l'élégante silhouette de sa cathédrale, et Notre-Dame de Guadalupe, qui se découpait sur le ciel au sommet d'une des collines par lesquelles le Jaïsquibel descend dans la plaine d'Irun et de Fontarabie.

Je savais qu'il y avait là des trésors de pittoresque à découvrir, d'autant plus séduisants qu'ils étaient très-peu connus, et malgré les conseils que me donnaient les officiers avec lesquels je causais chaque jour de mon voyage, j'étais décidé à braver les balles des *Cristinos*, comptant pour me protéger sur ma bonne étoile et sur ma parfaite bonne foi de touriste inoffensif, quand une aventure tragique arrivée à deux voyageurs anglais vint heureusement me guérir de toute velléité d'imprudence.

Ces deux touristes avaient cru comme moi trop naïvement à l'immunité dont devaient jouir des étrangers tout à fait neutres entre les deux partis qui se disputaient l'Espagne, mais ils avaient payé cher leur confiance. Capturés par des Carlistes, ils avaient

été, selon le mode classique en pareil cas, emmenés par eux dans la montagne. Le gouvernement de Londres ayant autorisé l'intervention d'une légion anglaise pour venir en aide au gouvernement espagnol, les carlistes exaspérés se croyaient tous les droits contre les Anglais, et les oreilles droites des deux touristes avaient été envoyées au consul d'Angleterre, qui avait dédaigné

les avis par lesquels on l'avait prévenu que cette mutilation sauvage serait faite à ses nationaux, si tel jour une certaine rançon n'était fournie. Bien plus, un nouvel avis portait que, si cette rançon se faisait attendre, les oreilles gauches auraient le même sort que les oreilles droites.

Décidément, il y avait plus de péril à couper les

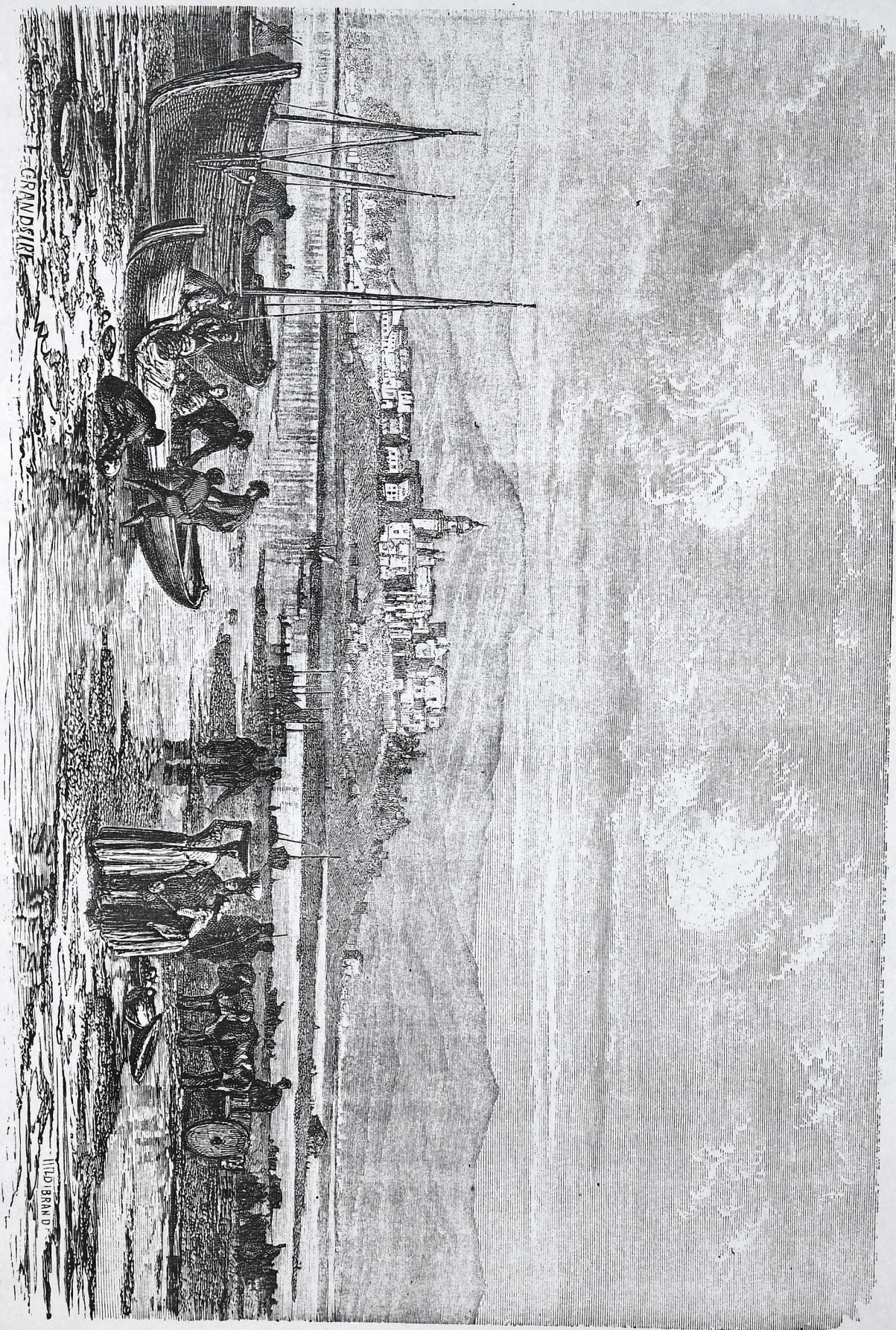


Porte d'entrée de Fontarabie.

ligues des *Carlistes* ou des *Cristinos* qu'à traverser des tribus de Peaux-Rouges; je voulais rentrer tout entier à Paris, et après avoir fait un soir une dernière excursion à Hendaye, après avoir jeté un dernier et inutile regard sur l'inaccessible Fontarabie, dont les murailles et la cathédrale étincelaient et jetaient de tous côtés des rayons de feu sous les reflets d'un admirable soleil couchant, je fis mes adieux au

pays Basque pour entrer en Espagne par une porte plus hospitalière.

Après bien des détours et des contre-temps, débarqué à Barcelone, je fis mon exploration à travers l'Espagne, je parcourus comme tout le monde les Castilles et l'Andalousie; mais tout en jouissant des merveilles que, dans ces dernières années, le crayon poétique de Gustave Doré et la plume charmante du baron Davil-



Vue de Fontarabie, prise d'Iendaye.

lier ont rendues familières à nos lecteurs, j'avais toujours un regret caché qui me mordait au fond du cœur : je n'avais pas vu Fontarabie !

A mon retour, je ne fus pas sans rencontrer de ces amis qui, après avoir interrogé sur le voyage qu'on vient de faire et apprenant qu'on n'a pas vu tel ou tel endroit, s'empressent de s'écrier gracieusement :

« Ah ! mon cher, je vous plains, vous avez manqué ce qu'il y a de mieux ! »

Involontairement, je parlais toujours d'abord de Fontarabie, comme d'un de ces *desiderata* de mon exploration, et toujours mon aveu soulevait aussitôt chez mes auditeurs des exclamations pleines de compassion :

« Comment ! vous n'avez pas vu Fontarabie !... Mais alors vous n'avez pas vu l'Espagne ! Ce n'était pas, la peine d'y aller.... Quoi ! vous avez passé un mois en Castille.... Mais vous savez maintenant que c'est une des régions les plus disgraciées, les plus hideuses, disons le mot, qui soient sur la terre ; quant à l'Andalousie, ce n'est plus l'Espagne des Espagnols, c'est l'Espagne des Maures, c'est l'Afrique. L'Espagne véritable, celle qui a gardé le génie de cette race héroïque, celle qui a créé une poésie originale, celle qui a été inébranlable dans ses luttes séculaires contre les hérétiques, qui ne s'est jamais rendue, qui a conservé jusque dans notre âge d'hommes d'affaires et d'indifférents l'esprit de chevalerie et de foi, c'est l'Espagne du Nord, et dans l'Espagne du Nord, les villes les plus intéressantes, les plus dignes de la sympathie de ceux qui ont encore quelque respect pour les vertus démodées d'autrefois, ce sont ces petites villes frontalières des Pyrénées, ces citadelles aujourd'hui éventrées, mais où le Maure n'a jamais pu planter son pavillon infidèle, et où chaque pierre écroulée dans le fossé représente le sacrifice à la patrie de milliers de vies inconnues.... Et vous n'avez pas vu Fontarabie ! »

Que pouvais-je répondre à tant d'éloquence ? Au fond, je dois avouer que je pensais comme ces fâcheux. Je les trouvais bien peu aimables de ne déclarer digne d'être regardé que ce que je n'avais pas vu, mais je me disais tout bas qu'ils avaient raison. Dans toutes mes excursions, le rocher de Fontarabie, ce premier profil pittoresque que la terre d'Espagne m'eût offert, se représentait obstinément à ma mémoire, et même à Tolède, même à Grenade, il se dressait devant mon imagination comme pour me cacher ce que j'avais sous les yeux.

Il fallait en finir. Cette obsession avait continué à me rendre malheureux, même lorsque mon voyage avait été terminé ; j'étais comme un collectionneur de médailles qui ne peut regarder dans son médaillier sans constater qu'il lui manque la pièce même qui doit être le début et l'honneur de sa collection.

Il me fallut attendre bien des années avant de pouvoir combler cette lacune devenue de plus en plus douloureuse. Enfin, l'hiver dernier, les constellations

me devinrent favorables, et je partis comme les pèlerins qui autrefois partaient uniquement pour baiser l'autel de Saint-Jacques de Compostelle. Moi je partais pour voir uniquement Fontarabie. Je comptais cependant profiter aussi de mon voyage pour faire connaissance avec toute la région basque des environs.

Avant de goûter les joies que devait me donner ce qui était pour moi comme l'accomplissement d'un vœu, que de déceptions me donna d'abord cette rive de la Bidassoa, qui, il y a trente ans, était si attrayante dans sa solitude ! Tout est bruit, agitation, bâtisses neuves, là où autrefois j'avais goûté les charmes du silence au sein d'un paysage délicieux. Dès Bayonne, je l'ai dit déjà, c'est en vain que j'avais cherché le groupe des *cacolésiennes* au coin de la place d'Espagne ; je reconnus l'endroit qu'elles occupaient, mais les mulets empanachés et les grands chapeaux de paille avaient disparu. A Hendaye, ce fut bien pis. Hendaye est devenu station du chemin de fer international de Paris à Madrid. Tout lecteur, sans l'avoir vue, connaît désormais Hendaye : l'architecture des gares est d'une monotonie et d'une vulgarité implacables ; celle de Hendaye, d'ailleurs, n'est qu'une baraque en planches, provisoire depuis je ne sais combien d'années. L'embouchure de la Bidassoa avait à mes yeux perdu tout son caractère. Je pus pour ainsi dire mesurer métriquement la quantité de poésie que trente années de progrès industriel font perdre à un paysage. Du reste, la nature elle-même semble contribuer à dépouiller ce coin du monde de ses anciennes séductions : on sait que l'île des Faisans se ronge et disparaît de plus en plus, emportant avec elle un éclatant souvenir historique ; à son passage à Béhobie, Théophile Gautier, apercevant ce qui en reste dans les eaux de la Bidassoa, la comparait sans façon à une sole frite de moyenne espèce ; bientôt l'île échappera à toute injure de ce genre, car les eaux de la Bidassoa l'auront sans doute emportée tout entière.

En constatant ces ravages de la civilisation, je n'étais pas sans éprouver une certaine inquiétude pour Fontarabie. Une première fois je ne l'avais pas vue parce que les bandes carlistes en interdisaient l'entrée ; aujourd'hui allais-je ne pas la voir parce que l'industrie moderne et sa « bande noire » l'auraient démolie ? Grâce à Dieu, la rive gauche de la Bidassoa n'avait pas subi autant de bouleversements que la rive française. Du côté de Fontarabie, me dit-on, tout était resté comme autrefois, et même les traditions étaient si bien respectées, qu'à trente ans de distance je retrouvais une insurrection carliste en pleine activité, et j'entendais comme autrefois la fusillade retentir. Les frontières étaient gardées comme jadis ; je n'avais pas à me plaindre : l'Espagne était restée fidèle à elle-même. On ne parlait plus de *Cristinos* et de *Zumalacarrégui* ; mais, sous d'autres noms, la même guerre civile donnait à cette frontière ce même intérêt dramatique. Malheureusement, je n'avais plus l'insouciance un peu cruelle de la jeunesse, et ces luttes fratricides,

dont je n'avais vu jadis que le côté brillant et aventureux, me remplissaient aujourd'hui de tristesse, et m'inspiraient une profonde pitié pour la malheureuse Espagne.

Quoi qu'il en fût, cette fois, on m'assura que je pouvais pénétrer dans Fontarabie sans courir aucun risque de perdre mes oreilles.

III

Entrée à Fontarabie. — Son charme unique. — La *calle Major*. — Les *palacios*. — Ruelles et balcons. — Écussons gigantesques. — Apparition de Rosine. — Visions et mirage du temps passé. — Dialogue avec un docte chanoine. — L'église Notre-Dame. — La boule inévitable. — Les armes parlantes de Fontarabie.

J'y pénétrai donc et je m'y installai. Je n'avais l'intention d'y passer que quelques jours, j'y restai plusieurs semaines et je la quittai avec regret. J'avais pour compagnon de voyage un peintre de talent, qui m'avait accompagné un peu par complaisance, en se moquant de mon amour pour une bourgade inconnue, et au bout d'un mois, il partageait ma passion pour tout le pays basque et pour Fontarabie en particulier.

Quel est donc le charme si captivant de cette ville?

Pour le ressentir dans toute sa puissance, il suffit d'un instant. Entrez dans Fontarabie par la porte principale, et montez lentement la *calle Major*, ou grande rue, qui conduit à l'église et au palais. Cette seule promenade révèle aux yeux, vivant, animé, tout un monde que notre imagination seule avait vaguement entrevu, et n'avait pu revêtir des couleurs vraies et éclatantes de la réalité. Il y a là un effet semblable à celui que produit, à une première entrée dans Florence, la vue de ses palais seigneuriaux : tout le seizième siècle italien prend tout à coup une vie inconnue et sort pour ainsi dire des ombres grisâtres, où l'abstraction et la lecture des livres muets l'avaient laissé, pour entrer dans une lumière radieuse. De même, dans ces ruelles admirables de Fontarabie, sous ces balcons aux mille arabesques savantes, à l'ombre de ces maisons sculptées, noircies par les siècles, derrière ces fenêtres grillées au treillis compliqué, nous croyons voir tout à coup reparaître une foule de figures ravissantes que la poésie a consacrées pour jamais, et que le temps a pour jamais emportées.

Voilà le charme de Fontarabie, et voilà ce que seules ces petites villes du nord de l'Espagne peuvent donner. Que ceux qui veulent connaître la vie espagnole contemporaine dans toute sa gaieté semillante et pimpante aillent à Séville la Jolie; que ceux qui se plaisent à contempler les sépulchres blanchis aillent à Cordoue; que les adorateurs du Prophète et des kalifes aillent à Grenade; que les politiques aillent à Madrid; mais aux poètes, aux artistes, aux peintres, qui veulent pénétrer au cœur de l'Espagne ancienne, catholique et monarchique, j'interdis le voyage de la péninsule sans une halte à Fontarabie.

Où trouveraient-ils ailleurs, aussi pressés les uns contre les autres, et conservant une aussi fière mine, les *palacios*, les palais pompeux et sévères, autrefois séjour de ces *hidalgos*, de ces grands d'Espagne, qui sont restés, à juste titre, le type de l'honneur, de la dignité inaltérable, de l'inflexible loyauté? Ces demeures d'une tournure si noble sont délabrées, il est vrai; les planchers et les escaliers sont effondrés, les dorures des lambris se sont effacées; mais par un privilège éloquent, ce que le temps et les boulets de l'ennemi ont respecté, ce qui est resté intact à travers les siècles, ce sont ces écussons gigantesques qui s'étalent sur les façades, et où, avec les armoiries et les devises, se perpétuent les sentiments les plus intimes et les plus généreux qui ont fait palpiter les âmes de ces anciens preux.

À côté de ces palais, à la porte bardée de fer et recouverte de clous historiés, près de laquelle on aperçoit encore les anneaux en fer ciselé où étaient attachés les chevaux de bataille ou de carrousel, voyez-vous ces habitations plus modestes? Elles n'ont pas l'allure aristocratique de leurs voisines; mais si elles ne vous parlent plus de combats épiques, ne semblent-elles pas vous murmurer toutes ces cantilènes amoureuses, tous ces refrains ailés, toutes ces *coplas* à la fois lyriques et moqueuses, où s'épanche depuis des siècles une veine intarissable du génie espagnol? Au détour de ce léger balcon, suspendu sur la rue comme un berceau sculpté, n'avez-vous pas vu passer l'ombre d'Almaviva ou de Don Juan? Vous les considérez comme des personnages de roman ou de théâtre, mais cette fenêtre grillée n'est-elle pas celle de Rosine elle-même? Que de fois, pendant que je dessinais dans ces rues magiciennes, n'ai-je pas entendu une petite voix harmonieuse qui s'écriait :

« Monsieur!... ma chanson!... ma chanson est tombée!... Courez donc vite, monsieur!!... »

Et je me levais presque pour ramasser la chanson, qui se fredonnait d'elle-même dans mon souvenir.

Ce mirage perpétuel, qui met l'imagination dans un état poétique d'une intensité et d'un charme indicibles, c'est seulement à Fontarabie que je l'ai trouvé.

Nous passions toutes nos journées à dessiner, à croquer, à dévorer tout ce qui nous entourait; nous nous efforcions de saisir et de reproduire la physiologie si originale de ces étonnantes habitations, toutes différentes et toutes sœurs, où une fantaisie si librement créatrice s'est donné pleine carrière. Il n'est pas une mesure qui au passage ne sollicite le crayon, et nous aurions voulu, cédant à toutes les invitations qui nous étaient faites ainsi, emporter la ville entière dans notre portefeuille. Nous dûmes, bon gré mal gré, faire un choix. Nos lecteurs peuvent juger aujourd'hui si nous avons été assez heureux pour rapporter avec nous une image parlante de cette cité si misérablement et si royalement espagnole. C'est bien là en

effet le double caractère, l'antithèse pittoresque qui de tous côtés frappe et séduit l'artiste. En parcourant ces rues à la fois si sombres et si ensoleillées, il est impossible de ne pas penser aux merveilleuses fêtes, aux splendeurs folles des règnes de Charles II ou de Philippe V, aux défilés bariolés de cavaliers couverts de velours et d'or, et agitant leurs vastes chapeaux

tout frémissants de panaches et de plumes ; mais à ces visions de fêtes royales, la réalité met un cadre de désolation, de solitude, de misère, qui mêle au plaisir intérieur une mélancolie poignante. La vieille Fontarabie est encore debout, et cependant elle est en même temps si complètement morte que c'est en vain que vous demanderez au paysan qui passe,



Fontarabie : Calle de Pampinot.

le nom des anciens maîtres de ces immenses demeures, d'architecture si opulente, dont est remplie la *calle Major*. Si les paysans, condamnés à ne jamais vivre par la pensée que dans le présent, ignorent ces noms qui me semblaient devoir être à Fontarabie dans toutes les mémoires, si leur indifférence est excusable, à coup sûr, me disais-je, la classe éclairée vit évidemment dans ces souvenirs, et ils sont la

consolation des misères et des impuissances du temps actuel. Fort de cette conviction, je m'adressai un jour avec un ton plein de confiance à un chanoine qui sortait de la cathédrale. Après l'avoir salué avec tout le respect filial et soumis que l'on doit témoigner en Espagne à un père spirituel de ce rang, je lui demandai s'il voudrait bien être assez bon pour dire à un étranger très-ignorant le nom des maîtres de quel-



Grande rue de Fontarabie (calle Major).

ques-uns de ces palais, dont l'ombre projetée sur la place la remplissait tout entière.

« Certainement, monsieur : celui-ci est la casa du señor Lopez, mon ami particulier et un très-bon chrétien.

— Je vous rends grâce, mon Père; mais ce que j'ai pris la liberté de vous demander, c'est le nom du possesseur ancien.

— Le possesseur ancien était le père du señor Lopez, qui est mort en état de grâce, et dûment confessé, comme le veut notre sainte Mère l'Église, qui....

— Pardon, mille fois pardon, mon Père; je me fais bien mal comprendre; j'entends le nom du seigneur qui bâtit autrefois le palais pour lui et sa race.

— Ceux-là, mon fils, sont trépassés depuis longtemps, et Dieu puisse avoir leur âme!... »

C'est là tout le renseignement que je pus tirer de ce savant chanoine. Je me le tins pour dit, et ne cherchai plus à tirer les palais de leur incognito. Pour un seul de ces *palacios*, qui est le plus imposant de tous, on m'indiqua comme fondateur le comte de Torrealta. C'est un palais du dix-septième siècle, aux fenêtres quadrilatérales surmontées de frontons gréco-romains d'un dessin à la fois lourd et grandiose. Toute l'architecture de la Renaissance espagnole est résumée dans cette façade, qui peint en même temps une époque historique.

L'intérêt capital de Fontarabie se trouve dans l'étude de ces demeures privées, nobles ou roturières, dans la physionomie de ses rues, dans les mille perspectives inattendues qu'elles offrent à l'artiste; mais à côté de ces trésors pour ainsi dire personnels que l'on recueille dans chacune de ses promenades, il est deux monuments qui sautent aux regards et qui tous deux sont dignes aussi d'attirer le touriste à Fontarabie : ce sont l'église de Notre-Dame et surtout le palais de Charles-Quint.

Comme la plupart des églises du Guipuzcoa, l'église de Fontarabie offre le mélange de plusieurs styles¹; des détails appartenant à la Renaissance s'associent, tant bien que mal, à un ensemble qui appartient à l'architecture ogivale. Construite au quinzième siècle, elle fut terminée au dix-septième. L'évêque de Bayonne, auquel le saint-siège et le roi de Castille n'avaient pas encore enlevé la suprématie des provinces Basques, vint la consacrer en 1542, probablement après une restauration considérable qui fut faite à cette époque.

A l'extérieur, ce qui frappe d'abord, c'est le clocher et la coupole. Carré dans la partie qui surmonte immédiatement le porche, ce clocher devient octogone à la hauteur de la toiture; de riches et épais pilastres gréco-romains soutiennent une coupole très-élégante, entourée de sphères ou boules à chacun de ses an-

gles. On ne saurait dire combien de fois ces boules ont servi d'ornement aux édifices espagnols du seizième et du dix-septième siècle. Ce motif, quand on l'a une fois remarqué, semble se représenter partout. Je me rappellerai toujours l'agacement qu'il me donna quand je visitai l'Escorial où il est répété avec une monotonie désespérante. En soi, cette boule ou sphère n'a peut-être rien qui doive choquer; cependant la forme ronde, ainsi employée, ne me paraît pas avoir une très-grande élégance; mais ce que je lui reprocherai surtout, c'est de n'avoir pour l'esprit aucune espèce de sens, à moins qu'elle ne soit peut-être une allusion à la sphère du monde, ce qui ne serait ni très-clair, ni très-ingénieux. En fait, je crois tout simplement qu'un architecte de cette époque, embarrassé pour trouver le sommet d'un pinacle, imagina d'y placer cette sphère, figure que son compas traçait pour ainsi dire de lui-même. C'était le temps où l'architecture rectiligne chassait ce que l'on appelait les caprices illogiques de l'art ogival : la sphère parut tout à fait en harmonie avec les principes nouveaux de la « saine architecture »; et elle se propagea dans la péninsule comme une épidémie. C'est ainsi qu'en Italie, lorsque le grand autel de l'église de Saint-Pierre de Rome eut reçu les colonnes torsées, d'un goût très-contestable, qui le décoraient ou plutôt le gâtent, immédiatement il n'y eut pas dans la région environnante un architecte de petite ville ou même de village qui n'aspirât, lui aussi, à dresser sur l'autel de quelque église ses colonnes torsées plus ou moins enguirlandées. Ce fait, du reste, se reproduit dans une foule de cas. Quand, dans une région, on aperçoit un clocher d'une forme originale, on peut affirmer qu'il a ou aura son imitateur dans le voisinage. Il est bien rare qu'on ne le rencontre qu'une fois. Aussi, c'est sans la moindre surprise que je retrouvai autour de la coupole de Fontarabie les éternelles boules qui m'avaient déjà poursuivi dans un si grand nombre d'excursions; je peux dire que je les attendais, et je les saluai avec la familiarité que l'on peut se permettre envers de vieilles connaissances.

Après cette coupole qui, dans sa partie haute, peut rappeler de loin la coupole des Invalides, ce qu'il y a de plus remarquable, c'est le chevet. Formé de trois chapelles consolidées par de hauts contre-forts à retraite qui se répètent sur les flancs, il est éclairé au sud et au nord par une grande rose sans meneaux; au levant, il prend ses jours par des fenêtres ogivales; tout autour, une galerie, traversant les contre-forts par des portes à linteaux droits reposant sur consoles, suit toutes les saillies et tous les rentrants formés par les trois chapelles.

A la porte du nord, une rose sans meneaux, et une ogive surbaissée, également sans meneaux, éclairent deux travées; nous avons là des témoignages évidents du quinzième siècle; mais si nous passons à la façade de l'ouest, nous nous trouvons tout à coup en plein dix-septième siècle. La grande porte est un arc plein

1. Sur l'architecture de cette région, on consultera avec fruit le *Voyage archéologique dans les pays Basques* de M. Cénac-Moncaut, auquel nous avons beaucoup emprunté.

cintre recouvert d'une voûte, elle est ornée d'une suite de petits panneaux quadrilatéraux évidés; chaque retombee s'appuie sur une colonne dorique cannelée, tandis que les côtés de l'ébrasement présentent des retraites à angles.

A l'intérieur, trop riche, le vaisseau forme trois nefs à arcades ogivales, avec bas-côtés moins élevés que la grande nef. Le fond de l'église se trouve occupé, comme il arrive très-souvent, par une tribune élégante, appelée *choro* (chœur) et consacrée aux chœurs. La voûte de cette tribune offre des nervures compliquées. Aux pendentifs, on remarque une grande couronne et un médaillon représentant la Vierge tenant Jésus-Christ. Les voûtes sont décorées de riches entrelacs. Les arcs qui réunissent les quatre travées des nefs ont des ogives élancées, naissant brusquement des flancs des piliers. Sur les chapiteaux de ces piliers sont sculptés des animaux qui semblent se poursuivre : un chien y mord un poisson à côté d'un lion et d'un bœuf, etc.

La décoration intérieure est remarquable par ces autels dorés et sculptés, si riches et si ornés, qui se rencontrent d'ailleurs dans beaucoup d'autres églises espagnoles.

En somme, cette église ne manque ni de grandeur, ni d'intérêt, mais, il faut l'avouer, elle a dans son ensemble le caractère de trop d'édifices du dix-septième siècle; on peut leur trouver de la majesté, de la richesse, et même parfois de l'ampleur; les architectes de ce temps étaient souvent des hommes instruits dans leur art, mais ils ont manqué de cette poésie qui donne tant de charme à des édifices bien moins savants du douzième au seizième siècle.

La sacristie mérite une mention particulière, car elle forme à elle seule un bâtiment considérable et digne de l'édifice dont elle est l'annexe. Des fenêtres, la vue s'étend sur un charmant panorama qui me rappela les heures passées autrefois sur les ruines du fort d'Hendaye, contemplant un ciel, une mer, des montagnes qui luttait à qui déploierait plus d'infini devant mes regards.

Sur la porte de cette sacristie, le chapitre de la cathédrale a fait restaurer et entretient avec soin l'écu de la ville de Fontarabie, où se lisent, dans la langue du blason, tous les hauts faits de la cité. Sans l'analyser et le commenter, nous voulons du moins le décrire rapidement, car cet écu est tout un poème. Il est partagé en quatre parties. Dans la première, sur champ d'or est figuré un *ange* tenant une *clef*; dans la seconde, un *lion* rampant sur fond d'argent; dans la troisième, un *navire* à la voile sur des *ondes vertes* et une *baleine harponnée*; dans la quatrième, une *sirène* tenant un *miroir* et un *triton* tenant une *grenade*. Au centre, sur un écu plus petit, est figurée sur fond d'azur une *tour d'argent* sur des *ondes vertes* et surmontée de deux *étoiles d'argent*.

Je laisse à mes lecteurs le soin de déchiffrer cette pittoresque énigme héraldique.

IV

La forteresse. — Palais de Jeanne la Folle. — Magnifique appareil de la construction. — Délabrement grandiose. — Les habitants actuels du palais. — Antithèse symbolique. — Souvenirs militaires de la forteresse. — François I^{er} et le traître Foxel. — Richelieu. — Le maréchal de Berwick. — Le capitaine Lamarque. — Ruines et décombres.

Le monument qui attire le plus l'attention, c'est la forteresse, dont la masse domine toute la ville.

Le château de Fontarabie fut construit par le roi de Navarre Sancho Abarca, qui régnait vers 907. Il renferme deux parties bien distinctes, la façade du couchant, située du côté de la place et qui doit dater de 1550 ou de 1600 tout au plus, et des constructions beaucoup plus anciennes qui dominent la Bidassoa.

La première partie, attribuée à Charles-Quint, est connue sous le nom de palais de Jeanne la Folle. C'est un édifice dont l'architecte semble avoir voulu exagérer à dessein l'aspect massif. Les murs ont jusqu'à trois mètres d'épaisseur. Ils sont percés, au rez-de-chaussée, d'une grande porte à arc en style Tudor, de quatre lucarnes-meurtrières et de quatre fenêtres quadrilatérales surmontées d'une espèce de panneau. Au premier étage, il n'y a déjà plus que deux lucarnes en carré long, et une fenêtre semblable à celles du rez-de-chaussée. Au second étage, le mur est complètement privé de fenêtres et n'offre que d'étroites embrasures de canon.

Rien de plus magnifique de construction et d'appareil que cette partie du château de Fontarabie; mais c'est une magnificence lugubre. A l'intérieur, l'édifice n'offre pas la plus petite trace d'ornementation. C'est bien l'œuvre de cette monarchie sévère qui a trouvé son héros dans l'austère Philippe II.

On peut remarquer que cette façade offre des dispositions tout opposées à celles des châteaux bâtis au moyen âge dans le midi de la France : leur rez-de-chaussée, et souvent leur premier étage, étaient invariablement privés de toute ouverture, et ils n'osaient ouvrir de fenêtres qu'aux étages supérieurs. C'est l'inverse au château de Fontarabie; et l'effet produit nous semble plus original et plus frappant.

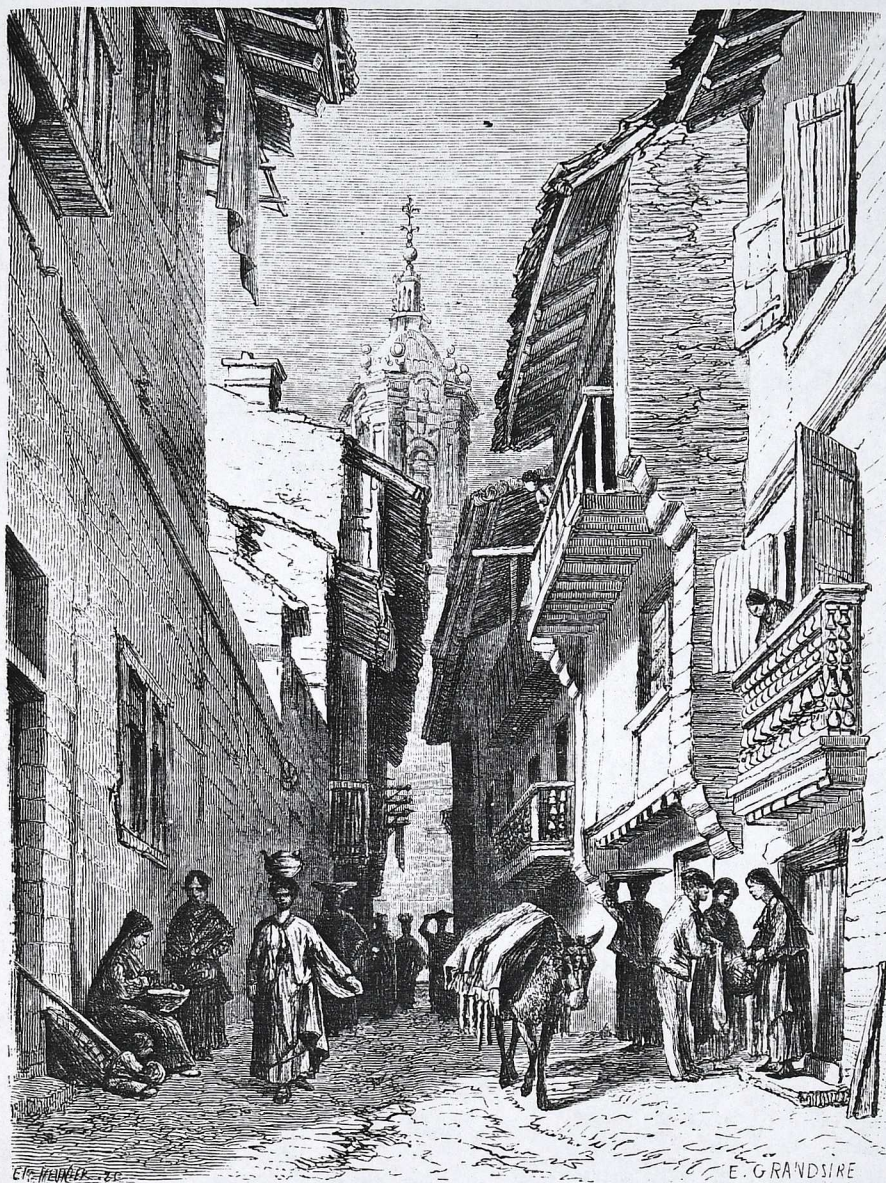
Quand on entre dans l'arrière-corps, on est saisi de tristesse en contemplant de toutes parts des murs croulants qui, dans leur délabrement, gardent encore une grande allure. Ça et là on retrouve quelques traces d'architecture qui auront bientôt tout à fait disparu. En face de soi, on voit se dresser des murailles d'une immense hauteur, flanquées d'une tour ronde à chaque angle.

Un mur d'enceinte, partant des deux extrémités du château de 1600, fait le tour des vieilles constructions et forme une nouvelle fortification, en avant de la Bidassoa.

Dans ce château fort, qui rappelle de si grands noms, et où le puissant empereur Charles-Quint a laissé son souvenir, où sans doute tant de fêtes fu-

rent célébrées jadis, où tant de brillants chevaliers se pressaient aux jours de réjouissances ou aux jours de combats, que trouvâmes-nous? .. Des bandes de mendiants et de comédiens, qui ont pris pleine possession de toute la partie habitable et qui vivent là sans que l'autorité songe à les faire déguerpir. Nous vîmes des vieilles femmes maigres à moitié nues, des

enfants en guenilles et couverts de vermine passer et repasser dans ces vastes salles encore si majestueuses. Le contraste de cette misère contemporaine avec l'antique et grandiose palais qui lui sert d'abri est comme un symbole et un résumé de l'histoire de la malheureuse Espagne. Que de fois, en parcourant ses villes, ne retrouve-t-on pas cette opposition ! Nous fûmes



Fontarabie : Calle de Las Tiendas.

profondément émus en voyant à quelle humiliation l'autorité espagnole consentait à réduire un monument qui, lui aussi, quoique délabré, rappelle sa part des gloires nationales. Si l'inertie et la routine n'étaient par des puissances qui savent étouffer même les sentiments les plus naturels de piété patriotique, rien ne serait plus facile que de trouver un emploi plus digne de ces ruines vénérables. Quant à réinstaller la po-

pulation de soldats que tout y rappelle, personne n'y pense : Fontarabie semble avoir renoncé pour jamais à être ce qu'elle fut jadis avec tant de vaillance : la gardienne vigilante de la frontière. De même que de notre côté Hendaye a désarmé, Fontarabie a également dit adieu à la gloire militaire.

Et cependant quelle forteresse pourrait s'enorgueillir d'annales plus héroïques ? Si les Espagnols semblent



Grande rue de Fontarabie (calle Mayor), vue prise de l'église.

les avoir oubliées, nous autres Français, nous ne pouvons pas les ignorer, car une grande partie de cette gloire a été malheureusement acquise à nos dépens. Dans toutes les guerres, si nombreuses, qui ont eu pour théâtre les deux versants des Pyrénées, Fontarabie a nécessairement joué un rôle considérable, puisqu'elle était au nombre des places que l'on appelait les clefs de l'Espagne.

Pendant notre séjour à Fontarabie, nous nous plaisions, pour ranimer les ruines qui nous entouraient, à évoquer toutes ces luttes du passé; nous recherchions, en fouillant l'histoire, à ressusciter toutes les batailles qui s'étaient livrées dans notre horizon, et il n'était pas de siècle qui ne nous apportât quelque vigoureux et vivant tableau.

Ce serait tout un livre que de raconter l'histoire militaire de cette petite place si délaissée aujourd'hui, et dans ce livre on verrait se refléter comme dans un fragment de miroir l'histoire entière de deux grandes nations. Depuis Charlemagne jusqu'à Napoléon, il a fallu que les chefs d'armée les plus célèbres tinssent compte dans leurs calculs de ce château fort aujourd'hui croulant.

Nous ne pouvons pas reproduire ici les souvenirs sans nombre qui avaient rendu pour nous tant d'éclat et d'honneur aux vieilles murailles que nous avions sous les yeux, mais il est cependant quelques scènes qu'il faut absolument connaître, dès que l'on porte sa pensée sur Fontarabie. Parmi les sièges soutenus par Fontarabie, il en est un qui a été des plus funestes pour nos armes, mais dont nous ne devons pas pour cela détourner les regards; c'est de nos jours surtout qu'il nous faut savoir contempler d'un regard ferme nos désastres: ils sont plus instructifs que nos succès.

Le premier de ces sièges nous reporte au règne de François I^{er}, de vaillante mémoire. Alors comme aujourd'hui, comme pendant toute son histoire, l'Espagne était en proie à la guerre civile; les *comuneros*, nom des insurgés de cette période, venaient d'être vaincus; leur général Padilla avait été décapité sur la place publique de Villalar, mais il avait laissé sa fille Maria Pacheco, qui avait soif de vengeance et qui appelait aux armes les habitants de Tolède; la révolte était donc encore frémissante, et le gouvernement de Madrid était loin d'avoir repris pleine possession de l'autorité. François I^{er}, qui avait bien des injures à venger, crut l'occasion favorable, et sachant Charles-Quint occupé dans les Flandres, il lança une armée en Espagne.

Pendant quelques jours les Français, avant d'arriver à Fontarabie, trouvèrent une résistance obstinée devant la petite place de Maya, commandée par un capitaine qui devait, plus tard, faire beaucoup parler de lui en créant une milice bien différente de celle qu'il dirigeait alors; ce capitaine si valeureux, c'était Ignace de Loyola. Il dut cependant céder le passage à l'armée du roi de France, dont une partie, com-

mandée par l'amiral Bonnivet, alla mettre le siège devant Fontarabie.

Les murailles furent violemment canonnées et éentrées par Bonnivet, qui entra victorieusement par la brèche le 16 octobre 1521.

Malheureusement, après deux ans d'occupation, le gouverneur de la place, nommé Foxet, prit la plus étrange des résolutions. Se jugeant en danger, et effrayé par l'approche de troupes ennemies assez nombreuses, il sortit de Fontarabie *sans combat* le 25 mars 1524, et restitua la place aux Espagnols, très-étonnés et très-heureux de cet abandon inattendu. Le beau fait d'armes du brave amiral Bonnivet était ainsi absolument perdu par la faute d'un chef incapable ou lâche. En ce temps-là, les fautes de ce genre ne rencontraient personne pour les excuser ou pour leur trouver des circonstances atténuantes; elles étaient vite suivies d'un châtement exemplaire, qui ne se fit pas attendre pour Foxet. Sur l'ordre de François I^{er}, qui avait appris cette nouvelle avec la plus juste colère, Foxet fut dégradé et décrété d'infamie en présence du peuple, sur la place publique de Bordeaux; son écusson fut brisé, et ordre lui fut enjoint de ne jamais être assez hardi pour reparaître devant le roi.

C'est sous le règne de Richelieu, en 1638, que les canons français firent pour la seconde fois une brèche dans les murs de Fontarabie. Il faut lire dans Richelieu lui-même le récit de ce siège, qui eut pour nous une issue très-malheureuse, jugée par le cardinal avec cette sincérité hautaine et dure qui lui est familière.

Pendant la minorité de Louis XV, le maréchal de Berwick s'empara de Fontarabie le 18 juin 1719. Le roi d'Espagne Philippe avait eu l'intention de marcher au secours de la place, « comptant sur l'effet que produirait sur les Français le petit-fils de Louis XIV arborant contre eux les fleurs de lis, et dût-il être seul; disait-il, il était déterminé à se présenter à eux. » Mais le prudent ministre Alberoni, qui ne partageait pas les illusions du roi, eut grand soin de l'écarter dans les montagnes, et Philippe n'arriva à Fontarabie que lorsque la place était prise.

La République, elle aussi, comme l'ancienne monarchie, lutta contre la forteresse de Fontarabie. En 1794, au temps de la première coalition, notre armée venait de franchir la Bidassoa; le général Frégeville, accompagné du représentant du peuple Garrau, marcha rapidement sur Fontarabie avec trois cents hommes d'élite. Il s'avança jusqu'à la porte de la ville. Une décharge à mitraille le contraignit de se retirer au moment où il allait la forcer. Trois hommes tombèrent à ses côtés; mais bien loin de renoncer à son entreprise, il parvint à prendre position sur une hauteur qui dominait l'enceinte. Il envoya alors deux parlementaires; l'un d'eux était le capitaine Lamarque, plus tard si célèbre comme général. Ils étaient chargés d'accorder « six minutes » à la garnison pour se rendre, sinon elle devait être « passée au fil de l'épée ». Le commandant de Fontarabie se hâta de ca-

pituler, et à six heures du soir, il sortit de la place avec sa garnison qui, forte de huit cents hommes, déposa les armes sur le glacis, et resta prisonnière de guerre. Les trophées et drapeaux pris à Fontarabie et dans les places voisines furent portés solennellement à la Convention par le capitaine Lamarque. L'assemblée décréta à l'unanimité que l'armée des Pyrénées-Occidentales avait bien mérité de la patrie. C'était donner aux soldats la récompense qu'ils désiraient le plus, car, en franchissant la Bidassoa sous un feu meurtrier, ils s'étaient écriés : « Ah ! cette fois, il faut qu'on parle de nous à la Convention ! »

Depuis 1794, Fontarabie, pendant les guerres civiles, a été encore plusieurs fois prise et reprise. Rien d'étonnant donc que ses fortifications ne soient plus que des débris, et que de tous côtés les boulets et les balles y aient laissé des traces encore visibles. En récompense de ces longs et loyaux services, de ces défenses courageuses auxquelles s'étaient plus d'une fois associées les femmes elles-mêmes, les rois d'Espagne comblèrent Fontarabie des témoignages d'honneur dont ils pouvaient disposer pour les villes héroïquement fidèles à la monarchie : Philippe IV, en 1639 et en 1650, lui donna ses armes parlantes avec le titre de très-noble, très-loyale, très-valeureuse ; Ferdinand VII lui confirma l'appellation de toujours très-fidèle : *siempre muy fiel*.

Comme un vieux et vaillant soldat couvert de blessures, privé de ses membres, et qui est contraint de renoncer aux batailles, Fontarabie désormais ne peut plus combattre. Elle semble garder ses mutilations et s'en parer comme un vétéran se pare de ses cicatrices. C'est à ce sentiment que nous voulons attribuer l'état volontaire de dégradation dans lequel les habitants laissent plusieurs parties de leur ville. Certaines murailles ne restent debout que pour ainsi dire par habitude ; il peut paraître périlleux de passer trop près ; quand enfin elles s'écroulent tout à fait, elles restent à l'état de décombres, et personne ne vient ni les relever, ni faire disparaître leurs débris accumulés en monticules blanchâtres. Si l'ingénieur militaire peut être justement choqué de cette manière d'agir, le dessinateur, en revanche, y trouve à chaque pas des motifs pittoresques pleins d'imprévu. Dans ces ruines aux profils si variés se réfugient très-souvent des gitanos aux traits étranges, au regard noir comme du charbon, au teint jauni comme du cuir de Cordoue, et leurs groupes mystérieux forment d'eux-mêmes des tableaux admirablement composés.

V

La population actuelle. — La ville neuve. — Sardines et bains de mer. — Les femmes. — Les fêtes. — Les armures du vendredi saint. — Le cortège des rois mages. — Les courses de taureaux à la corde. — Une malice aux Français. — Allez à Fontarabie.

Jusqu'à présent je n'ai parlé que des pierres, et je n'ai pas dit un mot de la population. Elle est pour-

tant, elle aussi, un des attraits de la ville. Les hommes, au milieu des ruines de leur cité, ont gardé ce goût d'indépendance, cette fierté ombrageuse, cet orgueil naïf qui est le caractère indélébile du Basque. Nos Basques français ont conservé cette tradition, car selon leurs chansons si joyeuses, lorsque Henri IV est devenu roi, ce n'est pas la Navarre qui a été réunie à la France, mais bien la France qui a été conquise par la Navarre. Et c'est ainsi qu'ils ont soumis « le plus beau royaume du monde après le royaume du ciel ».

Les Fontarabiens n'ont pas de motifs de fierté aussi extraordinaires ; tout en gardant les qualités basques, ils semblent d'ailleurs avoir renoncé aux ambitions guerrières pour la pêche à la sardine. Au bas de la colline, en dehors de l'ancienne ville, s'est construite une ville neuve, ville de pêcheurs, où il se fait, dit-on, un million d'affaires par an. Ce quartier, que l'on appelle le faubourg de *la Madeleine*, est en même temps une station de bains de mer, où des familles des environs, surtout d'Irun, viennent, sur une plage magnifique, goûter comme à Saint-Sébastien les plaisirs paisibles de la villégiature maritime. La ville neuve qui dresse au fond de la baie de la Bidassoa, sur une rue droite et large, ses maisons blanches, est la partie vivante et vulgaire de Fontarabie.

Il y a une autre gloire de Fontarabie qui, de nos jours, n'a pas cessé d'être méritée ; cette gloire, c'est la beauté de ses femmes. On vantait autrefois aussi leur courage comme guerrières ; elles paraissent avoir renoncé à cette partie de leur réputation, mais elles n'ont pas désarmé pour l'art de parer leur beauté de tous ses avantages. C'est à l'église Notre-Dame, le dimanche, ou même tous les jours, à la fontaine, et sur les *miradores* (balcons vitrés), qu'il faut assister au déploiement de tous ces artifices innocents qui sont communs à la grande dame et à la fille d'auberge. Les mantilles, les longues tresses, les jupons courts, les fichus de couleurs voyantes, les vestes à manches étroites, tels sont les détails principaux d'un costume dont les femmes de Fontarabie savent tirer un parti merveilleux. Nos modes n'ont pas encore pénétré sur ce rocher ; puissent-elles n'y jamais entrer !

Ce ne sont pas seulement les costumes anciens qui ont persisté jusqu'à nos jours ; les fêtes du temps passé sont aussi restées en honneur. C'est surtout à l'occasion des solennités religieuses que reparaissent toutes les vieilles traditions. Nous assistâmes dans ce genre à quelques cérémonies des plus curieuses, et qui rappellent les mystères du moyen âge.

Le vendredi saint, on voit sortir de je ne sais quel arsenal la plus curieuse collection de vieilles armures, de cuirasses séculaires, dont se revêtent les « soldats romains » qui veillent autour du tombeau du Christ.

Le jour des Rois, le cortège des rois mages est représenté par une troupe bizarrement costumée. Ces Orientaux de fantaisie ont le visage noirci, et portent sur leurs épaules un palanquin orné de fleurs et de

feuillage, au fond duquel se cache, mystérieusement voilé, un enfant qui représente le Dieu nouveau-né. Cette troupe chante un cantique aux intonations extravagantes, qui a la prétention de simuler la musique orientale, et dont le rythme singulier et pénétrant me poursuit longtemps après la cérémonie. Les mages, dérogeant à leur dignité royale, ne se font aucun scrupule de tendre aux passants leurs sébiles de quêteurs.

La fête nationale par excellence, la course de taureaux, a de même à Fontarabie un caractère particulier.

Lorsqu'il doit y avoir course de taureaux, le *novillo* qui sera le héros de la fête, est amené sur la grande place, au son d'une musique qui suffit, selon moi, à lui agacer les nerfs. Il a, ma foi! les cornes très-poin-tues; il est tenu en laisse et fortement attaché par une corde solide assez longue pour lui permettre de parcourir toute la *calle Major*, de l'église à la porte de la ville. A un signal convenu, on lâche à ses trousses trois ou quatre gros chiens, et bientôt tous ceux de la ville, même les plus infimes roquets, s'en mêlent en amateurs.

Les règles de cette course sont les suivantes : Le taureau, dans la limite de sa corde, peut parcourir la grande rue et attaquer tout ce qu'il rencontre; seulement, comme il faut un refuge à la foule sans défense, il n'a pas le droit de la poursuivre dans les rues adjacentes. Quatre forts gaillards, qui tiennent le bout de la corde, sont là pour l'arrêter s'il veut se permettre cette fantaisie. Il a le droit d'éventrer les chiens maladroits qui le harcèlent, et s'il attrape d'un coup de corne un malheureux gamin victime de quelque fausse manœuvre, on s'en souvient longtemps, et il est convenu qu'on s'est bien amusé à Fontarabie ce jour-là.

Les dames, dans leurs plus brillantes toilettes, sont

aux balcons, agitant leurs mouchoirs, criant *bravo*, et jetant des bouquets aux plus audacieux. Les bérêts rouges voltigent en l'air de tous côtés, et au grand balcon de l'*ayuntamiento*, l'alcade et les notables de la ville président à cette fête. Les hurlements des chiens, les bravos et les défis de la foule, le bruit assourdissant des fifres et des tambourins, donnent à ce spectacle un entrain et un brio extraordinaires.

On est vite au courant des règles de ce jeu sauvage; ce qu'il faut noter du moins en sa faveur, c'est qu'on ne tue pas le malheureux taureau, et le danger pour le spectateur de la rue est en somme facile à éviter.

Cependant dès les premiers jours, nous pûmes constater, après deux ou trois alertes, que pour nous Français il n'y avait pas de limites à la longueur de la corde, et que ceux qui veillaient à ce que le taureau ne tournât pas dans les rues de refuge, avaient des distractions quand il s'agissait des deux artistes français qu'on aimait un peu à voir courir.

Le véritable péril de cette course consiste dans les paniques soudaines de cette foule effrayée par un retour offensif du taureau. Qu'un enfant trébuche et tombe, l'embarras se produit, et le taureau en continuant sa course ramasse d'un coup de corne le premier qu'il rencontre.

Nous assistâmes à bien d'autres fêtes non moins pittoresques, et qui toutes sont pour l'étranger et pour l'artiste des régals de gourmets; l'espace nous manque pour les décrire; nous en avons dit assez pour que notre affection pour cette chère petite ville basque soit amplement justifiée. A tous ceux donc qui veulent, pour ainsi dire sans sortir de France, connaître la plus espagnole peut-être de toutes les villes de l'Espagne, nous dirons, après expérience faite: « Allez à Fontarabie ! »

E. DOUSSAULT.



Porte en ruine de Fontarabie, près des remparts.

HONDARRIBIA

Baiona. Las "carolètières" - Viaje en cesto - Las leyendas
bascas - Medio sueño poético - Behobia.

Hace^{ya} mucho tiempo de esto. Tenía por fin la dicha de realizar un viaje soñado durante mucho tiempo. Emprendía una larga excursión a través de "Las Españas". Me encontraba en Baiona: unas horas más y esta tierra caballeresca, recorrida tantas veces por mi imaginación, la iba a ver realmente. No tenía las decepciones: sentía que mi entusiasmo y mi juventud proyectarían colores mágicos sobre todo lo que encontrara. Por otra parte, había salido de París con la firme resolución de saborear enteramente la poesía que debía ^{ciertamente} ~~encerrar~~ encerrar la patria del Cid. y para cumplir mejor mi palabra, yo me había prometido a mi mismo hacerme Español en la manera que él estuviera en mí..

Antes incluso que yo hubiera franqueado la frontera, ~~no~~ se presentó una excelente ocasión para poner en práctica una vieja costumbre vasca bien diferente de las costumbres parisinas, y que me arrojaba bruscamente en un mundo completamente nuevo. En las explanadas de la puerta de España en Baiona, yo había visto un grupo de muchachas, alertas y de buen humor, que charlaban alegremente sin dejar de mirar atentamente a los paseantes que tenían cara de turistas. Al bonito traje de Baionesas, le habían añadido como tocado, un gran sombrero de paja, de grandes alas, adornado de anchas cintas de brillantes colores. De este sombrero.

→ salían dos largas trenzas que flotaban libremente sobre sus espaldas; un ~~corpiño~~ ^{mantón} rojo envolvía el ~~corpiño~~ ^{corpiño} y los dos extremos se cruzaban, anudándose alrededor de su talle. Cerca de ellas, se encontraban, atadas a las estacas, unas mulas coquetamente enjauladas, que parecían impacientes por marcharse. Muy intrigado por este grupo tan animado pregunté a un burgués baiones por qué estas muchachas permanecían ^{así} paradas cerca de sus mulas.

"Y bien, esperan que se les alquile! Son 'cacolétières'. Ellas les conducirán allí donde usted quiera, a Madrid. Incluso, si lo desea."

No podía dudar. ^{# principal} Habría pensado tomar simplemente la diligencia y la encontraba incluso bastante pintoresca. Las ~~mulas~~ empuachadas mulas que debían arrastrarla me habían seducido, pero las "cacolétières" le ganaban evidentemente y por mucho, en color local. Me acerqué, pues, a las bellas Baionesas, que ~~habían~~ adivinado ~~ya~~ mis pensamientos se habían aproximado a un ~~en~~ ^{en} bandada, y bien pronto hice mi mercado. Yo no estaba en una posición espiritual que me permitiera regatear durante mucho tiempo. Me hubiera gustado estar ya en camino. Iba a entrar en España de una manera verdaderamente original, y que sobrepasaba incluso mi espera. Concluida mi compra para conducirme hasta la frontera, debía montar mi montura. Iba a encontrar, allí también, una inesperada sorpresa.

Iba a viajar en un cesto.

Cada mula llevaba un albarda del cual ~~se~~ ^{se} colgaban dos cestos dispuestos de manera que pudiera servir de ariete, y un "cacolétière" me invitó sonriente a ocupar uno de los dos, cosa que hice no sin cierto embarazo.



I

El otro cesto era para ella y en él se instaló rápidamente. Pero antes de montar, había tenido cuidado en colocar un cierto número de grandes piedras, destinadas a compensar la considerable diferencia de peso que existía entre mi compañera de viaje y yo. En cuanto a mi equipaje, fue fijado solidamente en mitad del lomo de la mula. Una vez instalados, la intrepida bestia, a pesar de la carga que llevaba, partió a paso ligero, haciendo sonar alegremente sus cascabeles y sacudiendo la cabeza como para hacer brillar al sol las borlas rojas y las planchas de cobre pulido que adornaban su frente.

Hoy, por desgracia, sería inútil buscar a las simpáticas "cacolétières" en la explanada de Baiona. La misma diligencia ~~ha~~ está a punto de desaparecer. Se franquea la frontera en un vulgar wapon. Los espíritus enamorados del tipismo local pueden exclamar tristemente: "Adios cestos! la vendimia se ha acabado!"

A pesar de añorarlos sinceramente, tengo que declarar, sin embargo, con toda franqueza, que esos cestos tan poéticos, ~~no~~ eran totalmente incómodos, y que en un largo viaje podían presentar grandes inconvenientes para los ritones. Su mayor ventaja era la de dar al turista la sensación siempre agradable de una alegre compañía, que se complacía en engañar a los camineros contando a su huésped algunas de estas leyendas indígenas que hacen las delicias de los eruditos y los poetas.

Entre las "cacolétières", había algunas que desde el punto de vista de las leyendas gozaban de una justa y gran fama. No solamente

conocían todos los senderos de la montaña tan bien como un contrabandista, y podían dirigir ex deliciosas excursiones a sitios desconocidos cuya belleza habían salido descubrir, no solamente hablaban, en toda su rareza, el euskara más puro, sino que ponían a disposición de sus auditores de paso un tesoro de relatos de cuentos, que habrían transportado de contento a un émullo de los hermanos Grimm.

No tenía derecho a tomar este título (émulo), pero yo tenía el gusto de todo lo que me recordara a esta tierra, y desde el momento en que me acostumbré al asiento, intenté dar conversación a mi compañera, esperando recibir de ella alguna leyenda inédita. El viajar en un cesto no lo era todo: había que tratar de añadir a este placer físico alguna satisfacción más real del espíritu.

El azar me había favorecido en una elección. Mi "cacolétière" no se hizo rogar dos veces y cuando vió que yo estaba dispuesto a escucharla, no calló más.

Desgraciadamente he olvidado anotar estos fragmentos de poemas rústicos, de idilios bucólicos que hizo desfilan delante de mí; en todos sus relatos no había quizás nada muy notable, nada que mereciera la atención de un crítico juzgando fríamente, pero para mí, esta ^{ingenua} inspiración, esta abundancia fácil me encantaba, y el viaje de Baiona a Behobia me ha dejado una de las impresiones más agradables que he recibido a lo largo de mis largos viajes.

Creo que ha sido el poeta inglés Gray, quien ha dicho que para su parte de paraíso no pediría

I

①

mas que estar acostado durante toda la eternidad en un divan donde leeria ~~constantemente~~ novelas nuevas constantemente. Yo no estaba precisamente sobre el divan que deseaba el poeta ingles, pero saboreaba en toda su plenitud las delicias de la imaginación que estimulaba a tan alto precio. Delante de un espíritu libre de todo problema y preocupaciones, aparecian con la voz de mi compañera, y pasaban dulcemente cuadros suaves, figuras variadas y sonrientes, que se mezclaban con los paisajes cambiantes que me rodeaban. Al frente se levantaban a lo lejos las cimas de la cadena de los Pirineos; balanceados por el paso regular de mi montura, y endormecidos, sumergido en ese sopor tan propio a los sueños poéticos, creia ver a veces la cordillera entera situada ~~de~~ ante mis ojos, tomar ^{la} vida y el movimiento; se agitaba bajo el cielo y añadía una ~~aparición~~ fantástica a las escenas que ~~se sucedían~~ ^{desarrollaba} en mi oído mi infatigable narradora. A la derecha, yo adivinaba la mar, que se dejaba ver de vez en cuando; creia oír los murmullos, que confundía a veces con la musical voz de mi compañera; todo, a mi alrededor, se unía para sumergirme en un ~~embudo~~ letargo lleno de visiones, y no podia decir cuanto duró exactamente mi viaje. Fui sorprendido ~~cuando~~ por la parada de mi montura y por el choque que sentí cuando la "cacolétique" saltó de su cesto y me advirtió suavemente que ya habíamos llegado.

Estábamos en Behobia, muy cerca del famoso puente, entonces de madera, hoy en día de piedra.

que lleva de Francia a España.

Después de haber salido de mi cesto y de mis sueños, agradecí calurosamente a mi "cocolétière" de la serie agradable que había contado para mí con tanta complacencia y con la misma sonrisa inócua que había acogido mis cumplidos, yo creí ver que ella sospechaba de haberme dejado ~~ir~~ llevar, durante sus relatos, mas lejos que el simple letargo. Yo no me atreví a afirmar que me hubiera calumniado completamente; pero que yo haya sido sus leyendas vascas despierto ~~despierto~~ o dormido me parecerán siempre en mis recuerdos, igual de deliciosas.

II



El Bidasoa - Obstáculo inesperado - los Cristinos -
 Horas de esparcimiento en Hendaya - Espléndido
 panorama - Perfil de Hondarribia - Tentación -
 Las orejas de los Ingleses - Abandono forzado
 de un itinerario - Penosura persistente -
 Nueva salida - Treinta años después - Mas
 "cacolètières", pero siempre de la descarga de
fusilería.

Me extrañó el silencio que reinaba a mi
 alrededor. Cuando la simpática "cacolètière" desa-
 pareció, me encontré al borde del Bidasoa en
~~en una~~ completa soledad; ninguna de las casas
 vecinas estaba abierta y me lamentaba de haber
 dejado marchar tan imprudentemente a mi
 compañera, que conociendo el pueblo, hubiera
 podido indicarme algún albergue, si es que
 habría el único ser viviente que veía era un
 soldado que montaba guardia en la mitad
 francesa del puente de la frontera, estaba
 alejado de un ^{puerto de soldados} bastante numeroso cuya
 presencia pude constatar ~~en~~ enseguida, en una
 calle vecina.

Este centinela parecía observarme con un
 aire desconfiado. A pesar de todo me aproximé
 y le expuse mi problema, diciéndole que
 iba a Madrid y que deseaba pasar lo mas
 pronto posible al otro lado del Bidasoa.

"Quiere usted recibir un balazo?" me
 respondió con un aire brusco.

Yo había oído hablar sin cesar en
 París de la lucha entre los "Cristinos" y los
 "Carlistas"; sabía que Espartaco corría tras

Zumalakarregi, y que Zumalakarregi corría tras Espartaco, pero esta guerra civil de las provincias ~~de~~ vascas duraba ya tanto tiempo, que nadie le daba ninguna importancia. Ni se me habría pasado por la cabeza que hubiera peligro para coger el camino más corto para ir a Madrid.

Una corta conversación con el soldado de guardia me puso al corriente de los asuntos fronterizos. No había día que no se oyera una descarga de fusilería más o menos fuerte ~~en~~ la otra orilla del Bidasoa, por la parte de Irun o por la de Hondarribia; a veces se asistía a escaramuzas en toda regla entre las tropas reales y las bandos insurrectas. Se decía que los españoles se complacían en dar el espectáculo de una pequeña guerra a sus vecinos los franceses.

Nuestros bravos infantes que respiraban así sin cesar el olor de la pólvora, sufrían el suplicio de no poder tomar parte en la fiesta; obligados a permanecer con el arma al hombro, y de servirse de testigos de la lucha, se impacientaban del rol pacífico al que estaban condenados. Felizmente para ellos, a veces una bala perdida venía a perderse en la orilla francesa: este incidente les daba el derecho de hacer hablar a la pólvora, y la usaban con una alegría infantil. Tan pronto como el delito había sido cometido, un súbito movimiento se comunicaba de centinela en centinela por todo lo largo del Bidasoa, y las cuatro piezas de cañón alineadas en batería a lo largo del puente de Behobia.

II



enviaban dos o tres salvas de protesta a los delincuentes de la otra orilla. Estos, para despecho de nuestros soldados no tardaban en arbolar la bandera parlamentaria, y un oficial carlista o real, franquista, el puente, venía a explicar el incidente y prometía que se tomarían todas las precauciones para que no volviera a ocurrir, lo que no impedía que la misma escena sucediera a todas horas.

Ciertamente había allí un obstáculo insuperado para mí, y en mi plan de viaje no había incluido el proyecto de atravesar dos ejércitos en lucha. Decidí esperar un poco para ponerme al corriente de las dificultades del paso y de los medios para salir bien parado, y esperando también que las bandas de Cabrera se llevarían pronto a por otro lado.

Durante casi una semana, pasé mis días ~~a~~ ~~errando~~ errando a lo largo del Bidasoa, paseando todos los días hasta las ruinas del viejo castillo fuerte de Hendaya que domina todo el golfo que el pequeño río forma en su desembocadura entre las colinas de Francia y el espolón del cabo de Thizier, contra-fuerte del Jaizkibel, montaña española: allí, en la mas completa soledad me acostaba sobre la hierba, dejando discurrir las horas, y gozando en paz de un admirable panorama.

A mi espalda se extendía hasta perderse de vista la cadena de los Pirineos, coloreándose de todos los tintes según las horas del día; a mis pies discurría hasta el infinito el inalterable azul de una mar sin arrugas y

sin velas; en frente, como un primer plano, se alzaba fieramente sobre su roca el fuerte de Hondarribia, sirviendo en la orilla Izquierda del Bidasoa, de colgante español al viejo fuerte francés de Hendaya.

Cuando estaba harto de estudiar los matices cambiantes de la luz jugando en las gargantas de la cadena, cuando había hartado llevado mis ojos del espectáculo del Océano, yo los llevaba con una curiosidad apasionada sobre esta pequeña ciudad de Hondarribia, que había anotado en mi itinerario como ^{mi} primera estación que estaba bajo mis ojos que podía por así decirlo tocar, y donde me estaba prohibido entrar. Envolta en su ~~recinto~~ ^{recinto} medio desplumado, mirándose coquetamente en las aguas del Bidasoa, parecía mirarme con ironía. Ayudado por un catalejo, intentaba en vano penetrar en sus calles oscuras y estrechas; no podía distinguir mas que la elegante silueta de su catedral, y Ntra Sra de Guadalupe, que se recortaba en el cielo en la cima de una de las colinas por las cuales el farakibel desciende a la llanura de Irún y Hondarribia.

Yo sabía que allí había tesoros pintorescos por descubrir, mas atractivos en cuanto que eran muy ~~menos~~ poco conocidos, y a pesar de los consejos que me daban los oficiales con los cuales charlaba cada día de mi viaje, había decidido desafiar las balas de los "Cristinos", contando para protegerme con mi buena estrella y con mi

buenafé de turista inofensivo, cuando una trágica aventura ocurrida a dos viajeros ingleses vino a curarles de toda veleidad imprudencia.

Estos dos turistas habían creído como yo demasiado ingenuamente en la inmunidad que debían gozar los extranjeros mientras entre las dos partes que se disputaban España, pero habían pagado cara su confianza. Capturados por los Carlistas, habían sido, según la moda clásica, en parecidos casos, llevados por ellos a la montaña. El gobierno de Londres autorizando la intervención de una legión inglesa para venir en ayuda del gobierno español, los Carlistas enojados se creían con todos los derechos sobre los Ingleses y las orejas derechas de los dos turistas habían sido enviadas al consul de Inglaterra que había desdenado los avisos por los cuales se le había prevenido que esta mutilación salvaje sería hecha a sus ciudadanos, si tal día un cierto rescate no había sido pagado. Mas incluso, un nuevo aviso decía que si este rescate se hacía esperar, las orejas izquierdas ~~se~~ tendrían la misma suerte que las orejas ~~izquierdas~~ derechas.

Decididamente era más peligroso cortar las líneas de los Carlistas o de los Cristinos que atravesar el territorio de los Píeles-Rojas, quena volver luego a París y después de haber hecho una tarde la última excursión a Hendaya, después de haber echado una última e inútil mirada sobre la inaccesible Hondarribia, cuyas murallas y la catedral centelleaban y lanzaban por todas partes rayos de fuego bajo los reflejos de un

admirable sol poniente, dije adiós al País Vasco para entrar en España por una puerta más hospitalaria.

Después de muchos rodeos y contratiempos, desembarqué en Barcelona, explorando España, recorrí como todo el mundo Castilla y Andalucía; pero a pesar de gozar de las maravillas que, estos últimos años, el lápiz poético de Gustave Doré y la encantadora pluma del barón Davillier han hecho familiares a nuestros lectores, yo tenía una pena oculta que me mordía en el fondo del corazón: no había visto Hondarrubia.

A mi vuelta, no pude pasar sin encontrarme con algunos de esos amigos que, después de haberte preguntado sobre el viaje que acabas de hacer y sabiendo que no has visto tal o tal sitio, exclaman graciosamente:

"Ah! querido amigo, os compadezco, os falta lo mejor por ver!"

Involuntariamente, hablaba primero de Hondarrubia, como uno de esos deseos de una exploración, y siempre una confesión levantaba en mis ~~amigos~~ ^{oyentes} exclamaciones llenas de compasión:

"Como! no ha visto Hondarrubia!!... Pues no ha visto España! No valía la pena ir... Ha pasado un mes en Castilla. Ahora sabe que es una de las regiones más desgraciadas, más horribles, digamos, que existen sobre la tierra; en cuanto a Andalucía, eso no es ya la España de los Españoles, es la España de los Moros, es Africa, la verdadera España, la que ha guardado el genio de esta raza heroica, la que ha

II

O

creado una poesía original, la que ha sido inquebrantable en sus luchas seculares contra los herejes, que no se ha rendido jamás, que ha conservado hasta nuestra época hombres de negocios e indiferentes el espíritu de caballería y de fe; es la España del norte, las ciudades más interesantes, las más dignas de la simpatía de aquellos que tienen todavía algún respecto por las virtudes pasadas de moda de otro tiempo, son estas pequeñas villas fronterizas de los Pirineos, estas ciudadelas hoy en día destripadas, donde el Moro no ha podido jamás plantar su pabellón infiel, y donde cada piedra derrumbada en la fosa representa el sacrificio por la patria de millares de vidas desconocidas... Y usted no ha visto Hondarribia!

¿Qué podía responder yo a tanta elocuencia? En el fondo, debo admitir que yo pensaba como estos irascibles. Yo los encontraba muy poco amables por no dárseles a declarar digno de ser mirado lo que se habría visto, pero decía entre mí que tenían razón. En todas mis excursiones, el promontorio de Hondarribia, este primer perfil pintoresco que la tierra de España me ofreciera, se representaba obstinadamente en mi memoria, e incluso en Toledo como en Granada, se levantaba en mi imaginación como para esconder lo que yo tenía bajo los ojos.

Había que terminar con ello. Esta obsesión me lleva a volver desgraciado, aunque mi viaje hubiera terminado: yo era como un coleccionista de medallas que no puede mirar en su medallero sin constatar que le falta la pieza que debe ser el principio y el honor

de su colección.

Tuve que esperar muchos años antes de poder llenar esta laguna y cada vez mas dolorosa. Por fin, el último invierno, las constelaciones me fueron favorables y parti como los peregrinos que antaño se iban únicamente para besar el altar de Santiago de Compostela. Yo me iba solamente para ver Hondarribia. Pensaba aprovechar de un viaje para conocer toda la región vasca de los alrededores.

Antes de saborear el placer que debía darme lo que era para mí como el cumplimiento de un voto, cuántas decepciones me dió primero esta orilla del Bidasoa, que hace 30 años era tan atractiva en su soledad. Todo es ruido, agitación, nuevos edificios allí donde yo había saboreado los encantos del silencio en el seno de un paisaje delicioso. Ya en Baiona, yo ya lo había dicho, buscaba en vano al grupo de "cacoletières" en la esquina de la plaza de España; reconocí el sitio que ocupaban, las mulas engalanadas y los grandes sombreros de paja habían desaparecido. En Hendaya, aquello fue peor, Hendaya se ha convertido en estación de ferrocarril internacional de París a Madrid. Todo lector sin haberla visto, conoce ya Hendaya: la arquitectura de las estaciones es de una monotonia y de una vulgaridad implacables, la de Hendaya, por cierto, no es mas que una barraca de planchas provisional desde hace no sé cuantos años. La desembocadura del Bidasoa había perdido a mis ojos todo su caracter. Yo pude por así decirlo, medir métricamente la cantidad de poesía que 30 años

de progreso industrial hacen perder a un paisaje. En cuanto al resto, la naturaleza ella misma, parece contribuir a despojar este rincón del mundo de sus antiguas seducciones: se sabe que la isla de los Faisanes se va minando y desaparece cada vez mas, llevándose con ella un brillante recuerdo histórico; a su paso por Behobia, Théophile Gautier, dándose cuenta de lo que queda de ella en las aguas del Bidasoa, la comparaba sin ~~sea~~ cumplidos a un lenguado frito de una especie vulgar; muy pronto la isla escapará a las injurias de este género, pues las aguas del Bidasoa se la habrán llevado entera.

Constatando estos estragos de la civilización, sentía una cierta inquietud por Hondarribia. La primera vez yo no la había visto porque las bandas carlistas me prohibían la entrada; hoy no podría verla porque la Industria moderna y su "banda negra" la habrían demolido? Gracias a Dios, la orilla Izquierda del Bidasoa no había sufrido tantos acontecimientos como la orilla francesa. En Hondarribia, me dijeron, todo ~~estaba~~ permanecía como antes, e incluso las tradiciones habían sido respetadas, pues a 30 años de distancia volvía a encontrar una insurrección carlista en plena actividad y oía como autais la fusilería retumbar. Las fronteras estaban guardadas como antiguamente; no podía quejarme. España había permanecido fiel a ella misma. No se hablaba mas de "Cristinos" y de Zumalacarrregi pero, bajo otros nombres, la misma guerra civil daba a esta frontera ~~el~~ el mismo interés dramático. Desgraciadamente, yo no tenía ya la despreocupación un poco cruel de la juventud, y

estas luchas fratricidas de las cuales yo no
había visto antes más que el lado brillante
y aventurero, me llevaban hoy de tristeza y
me inspiraban una profunda piedad por
la desgraciada España.

Fuera lo que fuese, se me aseguró esta
vez que podía entrar en Hondarribia sin
correr ningún riesgo de perder mis orejas.

III

Entrada en Hondarribia - Su encanto único -
La Calle Mayor - los Palacios - Callejuelas y balcones
Escudos gigantes - Aparición de Rosine -
Visiones y espejismo del tiempo pasado - Diálogo
con un docto canónigo - La Iglesia de Ntra Sra -
La bola inevitable - las armas parlantes de
Hondarribia.

Entré y me instalé. No tenía intención de pasar mas que unos días y me quedé durante varias semanas y la dejé con pena. Tenía por compañero de viaje un pintor de talento, que me había acompañado un poco por complacencia, riéndose de mi amor por un pueblo desconocido, y al cabo de un mes, compartía mi pasión por todo el País Vasco y por Hondarribia en particular. Cual es pues, el encanto tan cautivador de esta ciudad?

Para sentirlo en toda su fuerza, basta un instante. Entrad en Hondarribia por la puerta principal y subid lentamente la calle Mayor, o gran calle, que conduce a la Iglesia y al Palacio. Este sólo paseo revela a los ojos, vivo, animado, todo un mundo que nuestra Imaginación sólo había entrevisto vagamente y no había podido revestir de los colores verdaderos y brillantes de la realidad. Se da allí un efecto parecido al que produce en una primera entrada en Florencia, la vista de sus señoriales palacios: todo el siglo XVI italiano toma de repente, una vida desconocida y sale por decirlo de alguna manera de las sombras grisáceas, donde la abstracción y la lectura de los libros mudos la habían dejado, para entrar en una

luz radiante. De la misma manera, en estas admirables callejuelas de Hondarrubia, bajo estos balcones de mil sabios arabescos, a la sombra de estas casas esculpidas, ennegrecidas por los siglos, detrás de estas ventanas enrejadas de complicadas celosías, creemos ver reaparecer de repente una multitud de ~~figuras~~ encantadoras figuras que la poesía ha consagrado para siempre, y que el tiempo ha llevado para siempre.

He aquí el encanto de Hondarrubia, y he aquí lo que sólo las pequeñas ciudades del norte de España pueden dar. Que los que quieran conocer la vida española contemporánea en toda su alegría bulliciosa y elegante vayan a Sevilla la Bonita, que aquellos que se complacen en contemplar los sepulcros blanqueados vayan a Córdoba, que los adoradores del Profeta y de los califas vayan a Granada, que los políticos vayan a Madrid, pero a los poetas, a los artistas, a los pintores que quieren penetrar en el corazón de la ~~antigua~~ España antigua, católica y monárquica, les prohíbo el viaje a la península sin un alto en Hondarrubia.

¿Donde encontrarían en otra parte, ^{los palacios} tan apretados los unos contra los otros y conservando tan altiva figura, ~~los palacios~~, los palacios pomposos y serenos, antiguos morada de estos hidalgos, de estos grandes de España, que han permanecido, con justicia, ~~la~~ como el tipo del honor, de la dignidad inalterable de la inflexible lealtad? Estas moradas de tan noble presencia están estropeadas, es verdad; los suelos y

III

las escaleras están hundidos, los dorados de los revestimientos se han borrado; pero por un elocuente privilegio, lo que el tiempo y las balas de los eneuneros han respetado, lo que ha permanecido intacto a través de los siglos son estos gigantes escudos que se extienden sobre las fachadas, y donde, con las armerías y las divisas, se perpetúan los sentimientos más íntimos y más generosos que han hecho palpitante las almas de estos antiguos paladines.

Al lado de estos palacios, en la puerta armada de hierro y recubierta de clavos historiados, cerca de la cual se ven todavía los aros de hierro forjado donde se ataban los caballos de batalla o de torneos, ve usted estas habitaciones más modestas? No tienen el porte aristocrático de sus vecinas; pero si no os hablan de combates épicos, me parecen murmurar todas estas cantábelas amorosas, todos estos refranes alados, todas estas coplas a la vez líricas y mordaces, donde se desahoga desde hace siglos una vena inagotable del genio español? A la vuelta de este ligero balcón, suspendido en la calle como una cuna esculpida, ¿no habéis visto pasar la sombra de Almariva o de D. Juan? Les considerabais como personajes de novela o teatro, pero esta ventaja enrejada no es la misma que la de Rosine? Cuántas veces, mientras ~~estaba~~ dibujaba en una de estas mágicas calles, no he oído yo una voz harmoniosa que exclamaba?

"Señor!... mi canción!... se ha caído mi canción! Corred aprisa, señor!!..."

Y me levantaba casi para recoger la canción

que se canturreaba^a ella misma en mis recuerdos.

Este milagro perpetuo que pone a la imaginación en un estado poético de una intensidad y de un encanto indecibles, solamente lo he encontrado a Mondarribia.

Pasábamos todo el día dibujando, bosquejando, devorando todo lo que nos rodeaba. Nos esforzábamos en coger y reproducir la fisonomía tan original de estas extrañas habitaciones, todas diferentes y todas hermanas, donde una fantasía tan libremente creadora alcanza sus mas altas cotas. No son las ruinas de una casa que al pasar no solicitan el lápiz, y hubiéramos querido, cediendo a todas las invitaciones que nos habrían sido hechas así, llevarnos la ciudad entera en nuestra cartera. ~~Tuvimos que~~ De grado o por fuerza tuvimos que elegir. Nuestros lectores pueden juzgar hoy, si hemos sido lo suficientemente felices para llevarnos con nosotros una imagen viva de esta ciudad tan miserablemente y tan realmente española. En efecto, ahí está el doble caracter, la antítesis pintoresca que extraña y seduce al artista por todas partes. Recorriendo estas calles tan sombrías y soleadas a la vez, es imposible no pensar en las maravillosas fiestas, en los locos esplendores de los reinados de Carlos II o de Felipe IV, en las desfiles abigarrados de caballeros cubiertos de oro y terciopelo, y agitando ^{tremulamente} sus vastos sombreros de panachos y de plumas; pero a estas visiones de fiestas reales, la realidad pone un cuadro

de desolación, de soledad, de miseria que mezcla el placer interior con una melancolía punzante. La vieja Hondarribia continúa en pie, y sin embargo está al mismo tiempo tan completamente muerta que preguntaris en vano al campesino que pasa, el nombre de los antiguos dueños de esas inmensas moradas, de arquitectura tan ampulosa, ~~cuya~~ de la cual está llena la calle Mayor. Si los campesinos condenados a no vivir por el pensamiento mas que en el presente, ignoran estos nombres que me parecían deber estar en Hondarribia en todas las memorias, si su indiferencia es excusable, seguramente, me decía yo, la clase iluminada vive evidentemente en estos recuerdos, y con ~~la~~ con el consuelo de las miserias y las impotencias del tiempo actual. Seguro de esta convicción, me dirigí un día con un tono lleno de confianza a un canónigo que salía de la catedral. Después de haberlo saludado con todo el respeto filial y sumiso que se le debe en España a un padre espiritual de este rango, le pregunté si sería tan amable de decir a un extranjero muy ignorante el nombre de los dueños de algunos de estos palacios, cuya sombra proyectada sobre la plaza la llenaba enteramente.

— Ciertamente, señor: esta es la casa del señor Lopez, mi amigo particular y un buen cristiano.

— Le doy las gracias Padre, pero lo que yo me he tomado la libertad de preguntarle, es el nombre del antiguo poseedor.

— El antiguo ~~por~~ dueño era el padre del

señor Lopez que murió en estado de gracia, y debidamente confesado, como lo manda nuestra Santa Madre Iglesia que...

-Perdon, mil veces perdon, Padre; no me hago entender; quiero decir el nombre del señor que construyó el palacio para él y su estirpe.

-Aquellos, hijo mío, fallecieron hace mucho tiempo y que Dios los tenga en su gloria...

Es toda la información que puede sacar de este sabio canónigo. Lo guardo como dicho y no me esforcé en sacar a los palacios de su Incognito. Para uno solo de estos palacios, el mas imponente de todos, se me indicó como fundador el conde de Torrealta. Es un palacio del siglo XVII, con ventanas cuadriláteras situadas sobre frontones greco-romanos con dibujo a la vez pesado y grandioso. Toda la arquitectura del Renacimiento español está resumida en esta fachada que resume una época histórica.

El íntimo capital de Hondarribia reside en el estudio de estas moradas privadas, nobles o plebeyas, en la fisionomía de sus calles, en las mil perspectivas inesperadas que ofrecen al artista, pero al lado de estos tesoros digamos personales, hay dos monumentos que saltan a los mirados y que son dignos también de atraer al turista a Hondarribia: son la iglesia de Nuestra Señora y sobretodo el palacio de Carlos IV.

Como la mayoría de las iglesias de Gipuzkoa, la iglesia de Hondarribia ofrece una...



mezcla de varios estilos ¹ (sobre la arquitectura de esta región, consultar el "Viaje arqueológico en el País Vasco" de M. Cénac-Moncaut, del cual hemos recogido mucho)., algunos detalles pertenecientes al Renacimiento se asocian, mas bien que usual, en un conjunto que pertenece a la arquitectura ojival. Construida en el siglo XV, fue terminada en el XVII. El obispo de Baiona al cual ~~la~~ Santa Sede y el rey de Castilla no le habrían quitado la supremacía de las provincias vascas, vino a consagrarla en 1542 probablemente después de una restauración considerable ~~que~~ hecha en esta época.

En el exterior, lo primero que llama la atención es el campanario y la cúpula. Cuadrado en la parte que sube inmediatamente al portico, este campanario es octogonal a la altura del tejado; ricos y espesos pilares greco-romanos sostienen una cúpula muy elegante, rodeada de esferas o bolas en cada uno de sus ángulos. No sabría decir ~~cómo~~ las veces que estas bolas han servido de ornamentación en los edificios españoles de los siglos XVI y XVII. Este, cuando uno se ha dado cuenta, parece representarse por todas partes. Me acordaré siempre la irritación que me produjo cuando visité el Escorial donde está repetido con una monotonía desesperante. En si, esta bola o esfera no tiene nada que deba chocar: sin embargo emplear la forma redonda tantas veces no me parece demasiado elegante; pero lo que le reprocharé sobretudo es el no tener para el espíritu ningún sentido, a menos que

no sea una alusión a la esfera del mundo, lo que no sería ni muy claro, ni muy ingenioso. En realidad, creo simplemente que un arquitecto de esta época, apurado por encontrar la cima de un pináculo, pensó en instalar allí esta esfera. Era la época en que la arquitectura rectilínea desechaba lo que se llamaba los caprichos ilógicos del arte ojival: la esfera pareció completamente en armonía con los nuevos principios de la "arquitectura sana", y se propagó en la península como una epidemia. Es así como en Italia, cuando el gran altar de la iglesia de San Pedro de Roma recibió las columnas salomónicas, de un gusto muy contestable, que le decoran o más bien le echan a perder, inmediatamente no hubo en toda la región un arquitecto de ~~pueblo~~ ciudad e incluso de ciudad que no aspirara, él también, a levantar sobre el altar de cualquier iglesia sus columnas salomónicas, más o menos enquirnaldadas. Este hecho, se reprodujo en cantidad de casos. Cuando, en una región, se ve un campanario de una forma original, se puede afirmar que tiene o tendrá su imitador en el vecindario. Es muy raro no encontrarlos más que una vez. También, sin la menor sorpresa encontré alrededor de la cúpula de Houdaroubia las eternas bolas que me habían perseguido en tantas excursiones; puedo decir que las esperaba y las saludé con la familiaridad que se puede uno permitir hacia los viejos conocidos.

III



Después de esta cúpula que, en su parte alta, puede recordar de lejos a la cúpula de los Inválidos, lo que hay de más notable es el frente. Formado por tres capillas consolidadas por altos contrafuertes en retirada que se repiten en los flancos, está iluminado al sur y al norte por una gran ^{roseta} ~~rosa~~ sin montantes, al este, ve la luz por ventanas ojivales; alrededor, un galería, atravesando los contrafuertes por puertas de ~~de~~ ~~di~~ ~~te~~ ~~los~~ derechos reposando sobre repisas, sigue todos los salientes y entrantes formados por las tres capillas.

En la puerta del norte, una roseta sin montantes y una ojiva ~~se~~ rebajada, igualmente sin montantes, ~~se~~ iluminan dos tramos; encontramos allí testimonios evidentes del siglo XV; pero si pasamos a la fachada del oeste, nos encontramos de repente en pleno siglo XVII. La gran puerta es un arco de medio punto recubierto de una bóveda, está adornada de una serie de pequeños paneles cuadriláteros vacíos; cada arranque se apoya sobre una columna dórica estriada, mientras que los lados del derrame presentan retiradas en los ángulos.

En el interior, demasiado rico, la nave forma tres naves de arcadas ojivales, con los lados bajos menos elevados que la nave principal. El fondo de la iglesia se encuentra ocupado, como sucede muy a menudo, por una tribuna elegante, llamada coro y consagrada a los cantores. La bóveda de esta tribuna ofrece nervaduras

complicadas. En las pechinas, sobresale una gran corona y un medallón representando a la Virgen sujetando a Jesucristo. Las bóvedas están decoradas de ricos almocárabes. Los arcos que reúnen los cuatro tramos de las naves tienen ~~figuras~~ esbeltas ojivas, naciendo bruscamente de los flancos de los pilares. Sobre los capiteles de estos pilares hay animales esculpidos que parecen perseguirse: un perro muerde a un pez al lado de un león y un buey, etc..

La decoración interior es notable por estos altares dorados y esculpidos, tan ricos y tan adornados, que se encuentran, por otra parte, en ~~muchas~~ otras muchas iglesias españolas.

En suma, no le falta a la iglesia ni grandeza, ni interés, pero hay que confesarlo, tiene en su conjunto el carácter de muchos edificios del siglo XVII; podemos encontrar en ellos majestuosidad, riqueza e incluso a veces amplitud; los arquitectos de la época eran a menudo hombres instruidos en su arte, pero les ^{ha} faltado esa poesía que otorga tanto encanto a ~~los~~ edificios bastante menos artísticos del ~~siglo~~ siglo XII al XVI.

La sacristía merece una mención especial, pues ^{sólo} ella forma un edificio considerable y digno del edificio del cual es anexo. Las ventanas, la vista se extiende sobre un panorama encantador que me recordó las horas pasadas antaño sobre las ruinas del fuerte de Hendaia, contemplando un cielo, una mar, montañas que luchaban por desplegarse infinitamente ante mis miradas.

Sobre la puerta de esta sacristía, el cabildo de la catedral ha hecho restaurar y ~~se~~ mantiene con cuidado el escudo de la ciudad de Thondarribia, donde se leen, en la lengua del blason, todos los grandes hechos de la villa. Sin analizarlo y comentarlo, queremos describirlo rápidamente, pues este escudo es todo un poema. Está repartido en 4 partes. En la primera, sobre campo de oro hay un angel que tiene una llave; en la segunda, un leon rampante sobre fondo de plata; en la tercera, un navio a vela sobre olas verdes y una ballena harponeada; en la cuarta, una sirena con un espejo y un Triton con una granada. En el centro sobre un escudo mas pequeño, sobre un fondo de azul una torce de plata sobre olas verdes encima de dos estrellas de plata.

Dejo a mis lectores el trabajo de descifrar este pintoresco enigma heráldico.

La fortaleza - Palacio de Juana la loca -
Magnífico aparato de la construcción - Deterioro
grandioso - los actuales habitantes del Palacio -
Antítesis simbólica - Recuerdos militares de la for-
taleza - Francisco I. y el traidor Foxet - Richelieu -
El mariscal de Berwick - El capitán Lamargue -
Ruinas y escombros.

El monumento que más llama la atención
es la fortaleza, cuya masa domina toda la ciudad.

El castillo de Hondarribia fue construido por
el rey de Navarra Sancho Abarka que reinaba
hacia el 907. Encierra dos partes bien diferenciadas,
la fachada de poniente, situada del lado de la
plaza y que debe datar de 1550 o de 1600 a
lo sumo, y construcciones mucho más antiguas que
dominan el Bidasoa.

La primera parte, atribuida a Carlos V es cono-
cido con el nombre de palacio de Juana la loca.
Es un edificio cuya arquitectura parece haber querido
exagerar a propósito el aspecto masivo. Los muros
tienen hasta 3 mts de espesor. Están atravesados,
en la planta baja, por una gran puerta de arco
en estilo Tudor, de cuatro tragaluzes y de cuatro
ventanas cuadriláteras encima de una especie de
panel. En el 1º piso, no quedan mas que dos
tragaluzes rectangulares, y una ventana parecida
a las de la planta baja. En el 2º piso, el
muro está completamente privado de ventanas y
no ofrece más que unas estrechas troueras.

No hay nada más magnífico de construcción
y de aparato que esta parte del castillo de
Hondarribia: pero es de una magnificencia lúgubre.
En el interior, el edificio no ofrece la más pequeña

traza de ornamentación. Está claro que es la obra de esta severa monarquía que encontró su héroe en el austero Felipe II.

Se puede advertir que esta fachada ofrece disposiciones totalmente opuestas a las de los castillos construidos en la Edad Media en el mediodía de Francia: sus plantas bajas, y a menudo sus ^{1.º} pisos, no tenían ninguna abertura, y no se atrevían a abrir ventanas más que en los pisos superiores. Es a la inversa en el castillo de Hondarribia; y el efecto producido nos parece más original y más chocante.

Cuando se entra en la parte de atrás, se llenan de tristeza contemplando por todas partes muros ruinosos, que en su deterioro, guardan todavía buen porte. Es allí donde se encuentran algunas marcas de arquitectura que dentro de poco habrán desaparecido totalmente. En frente, se ven levantarse murallas de una altura inmensa, flanqueadas por una torre redonda en cada ángulo.

Una muralla, partiendo de las dos extremidades del castillo de 1600, da la vuelta a las viejas construcciones y forma una nueva fortificación delante del Bidasoa.

En este castillo fuerte, que recuerda ~~x~~ tantas glorias, nombres gloriosos y donde el emperador Carlos V ha dejado su recuerdo, donde antaño sin duda fueron celebradas tantas fiestas, donde tantos brillantes caballeros se apresuraban en los días de fiesta o de combate, ¿qué encontramos nosotros? Bandas de mendigos y de comediantes, que han tomado plena posesión de toda la parte habi-

table y que viven allí sin que la autoridad piense en expulsarlos. Vemos viejas mujeres delgadas y medio desnudas, niños en harapos y cubiertos de porquería pasar y volver a pasar en estas vastas salas todavía tan majestuosas. El contraste de esta miseria contemporánea con el antiguo y grandioso palacio que le sirve de abrigo es como un símbolo y un resumen de la historia de la desgraciada España. Cuántas veces, recorriendo sus ciudades, no se encuentra esta oposición? Fuimos profundamente conmovidos viendo con qué humillación la autoridad española consentía en reducir un monumento, que a pesar de estar en ruinas, le recuerda su parte de honor en las glorias nacionales. Si la inercia y la rutina no fueran poderes que saben ahogar incluso los sentimientos más naturales de piedad patriótica, no ~~habría~~ habría nada más fácil que encontrar un empleo más digno a estas venerables ruinas. En cuanto a reinstalar a la población de soldados, nadie ha pensado en ello. Hondarribia parece haber renunciado para siempre a ser lo que fue antiguamente con tanta valentía: la guardiana vigilante de la frontera. De la misma que de nuestro lado Hendaya se ha desarmado, Hondarribia ha dicho igualmente adiós a la gloria militar.

Y sin embargo qué fortaleza podría enorgullecerse de anales más heroicos? Si los Españoles parecen haberlos olvidado, nosotros Franceses, no podemos ignorarlos, pues una gran parte de esta gloria ha sido desgraciadamente adquirida a nuestras expensas. En todas las guerras, tan

numerosas que han tenido por marco las dos vertientes de los Pirineos, Hondarribia ha jugado necesariamente un papel considerable, puesto que era una de las plazas que se llamaban las llaves de España.

Durante nuestra estancia en Hondarribia, nos entreteníamos, para reanimar las ruinas que nos rodeaban, en evocar todas estas luchas del pasado; buscábamos, hojeados la historia, resucitar todas las batallas que se habían librado en nuestro horizonte, y no hubo ningún siglo que no nos aportara algún vigoroso y vivo cuadro.

Sería necesario todo un libro para contar la historia militar de esta pequeña plaza tan descuidada hoy en día, y en este libro se vería reflejarse como en un fragmento de espejo la historia entera de dos grandes naciones. Desde Carlomagno hasta Napoleón, ha sido necesario que los jefes de armas más célebres tuvieran en cuenta en sus cálculos este castillo - fuerte hoy derruido.

No podemos reproducir aquí los innumerables recuerdos que suponian para nosotros tanto esplendor y honor en las murallas que teníamos bajo los ojos, pero hay ciertas escenas que hay que conocer, desde ~~hasta~~ el momento en que se piensa en Hondarribia. Entre los sitios sostenidos por Hondarribia, hay uno que ha sido de lo más fuerte para nuestras armas, pero del que no debemos volver los ojos; hoy en día sobietodo nos hace falta saber contemplar nuestros desastres con mirada firme: son más instructivos que nuestros éxitos.



El primero de estos sitios nos lleva al reinado de Francisco I^{er}, de valiente memoria. Entonces como hoy, como durante toda su historia, España estaba en presa de la guerra civil; los comuneros, nombre de los insurrectos de esta época, acababan de ser vencidos; su general Padilla había sido decapitado en la plaza pública de Villalar, pero había dejado a su hija Maria Pacheco, sedienta de venganza y llamaba a las armas a los habitantes de Toledo; la revuelta ~~estaba~~ ^{era} pues todavía vigente, y el gobierno de Madrid estaba lejos de haber tomado plena posesión de la autoridad. Francisco I^{er}, que tenía muchas injurias por vengar, creyó que era la ocasión favorable y sabiendo a Carlos V ocupado en Flandes, lanzó una ^{ejército} ~~armada~~ en España.

Durante algunos días los Franceses, antes de llegar a Hondarribia, encontraron una obstinada resistencia en la pequeña plaza de Maya, mandada por un capitán que debía, más tarde, hacer hablar de él creando una milicia bien diferente de la que dirigía entonces, este capitán tan valeroso, era Ignacio de Loiola. Debió ceder sin embargo, al paso de al ejército del rey de Francia, del cual una parte, mandada por el almirante Bonnivet, puso sitio a Hondarribia.

Las murallas fueron violentamente cañoneadas y destruidas por Bonnivet, que entró victoriosamente por la brecha el 16 de octubre de 1521.

Desgraciadamente después de 2 años de ocupación, el gobernador de la plaza, llamado

Foxet, tuvo la más extraña de las resoluciones. Viéndose en peligro, y asustado por la cercanía de tropas enemigas bastante numerosas, salió de Hondarribia sin combate el 25 de marzo de 1524, y restituyó la plaza a los Españoles, sorprendidos y felices de este abandono inesperado. La hazaña del bravo almirante Bonivet estaba así perdida por la falta de un jefe incapaz o descuidado. En aquel tiempo, las faltas de este género no encontraban quien las excusara; eran contestadas ~~por~~ con un ejemplar castigo, que no se hizo esperar para Foxet. Bajo orden de Francisco I^{er}, que montó en cólera cuando supo la noticia, Foxet fue degradado y decretado infame en presencia del pueblo, en la plaza pública de Burdeos - su escudo fue destruido y le fue transmitida la orden de no reaparecer jamás ante el rey.

Bajo el reinado de Richelieu, en 1638, los cañones franceses hicieron una brecha por segunda vez en los muros de Hondarribia. Leemos en Richelieu el relato de este sitio, que tuvo para nosotros una salida ~~de~~ tan desgraciada, juzgado por el cardenal con esa sinceridad altiva y dura que le es familiar.

Durante la minoría de Luis XV, el mariscal de Benwick se amparó de Hondarribia el 17 de junio de 1719. El rey de España Felipe había tenido la intención de ir ~~al~~ al socorro de la plaza, contando con el efecto que produciría en los Franceses, el nieto de Luis XIV ~~estaba~~ enarbolando contra ellos las flores de lis, y debía ser él sólo, decía él, había decidido presentarse ante ellos". Pero el

prudente ministro Alberoni, que no compartía las ilusiones del rey ~~le~~ hizo perderse por las montañas, y Felipe no llegó a Hondarribia hasta que la plaza fué tomada.

La República, también, como la antigua monarquía, luchó contra la fortaleza de Hondarribia. En 1794, en tiempos de la 1^{ra} coalición, nuestro ejército acababa de franquear el Bidasoa; el general Frégeville, acompañado del representante del pueblo Garrau se encaminó rápidamente hacia ~~la~~ Hondarribia con 300 hombres de élite. Avanzó hasta la puerta de la ciudad. Una descarga de metralla le invitaba a retirarse en el momento en que iba a forzarla. Tres hombres cayeron a su lado, pero lejos de renunciar a su empresa, tomó posiciones en un alto que domina la muralla. Envio entonces dos parlamentarios, uno de ellos el capitán Lamarque, el que fuera luego célebre general. Dejaban "seis minutos" a la guarnición para rendirse, si no serían "pasadas por las armas". El comandante de Hondarribia se dio prisa en capitular, y a las 6 de la tarde salió de la plaza con su guarnición ~~que~~ (unos 800 hombres, que depuso las armas en la explanada y fué hecho prisionero de guerra. Los trofeos y banderas cogidas en Hondarribia y en las plazas vecinas fueron llevadas solemnemente a la Convención por el capitán Lamarque. La asamblea decretó por unanimidad que el ejército de los Pirineos Occidentales había hecho honor a su patria. Era dar a los soldados la recompensa que ^{más} deseaban, pues, franqueando el Bidasoa bajo un fuego

mortífero, habrían exclamado: "Ah! esta vez, tienen que hablar de nosotros en la Convención".

Desde 1794, Hondarribia, durante las guerras civiles, ha sido varias veces tomada y retomada. No hay nada extraño en que sus fortificaciones no sean mas que ruinas, y que por todas partes las balas y cañonazos hayan dejado trazas todavía visibles. Como recompensa a estos largos y leales servicios, a estas valientes defensas, a las cuales se habrían unido las mujeres más de una vez, los reyes de España llevaron a Hondarribia de testimonios de honor que disponían para las ciudades heroicamente fieles a la monarquía: Felipe IV en 1639 y en el 1650, le dió sus armas con el título de muy noble, muy leal, muy valerosa; Fernando VII le confirmó con la apelación de muy siempre fiel.

Como un viejo y valiente soldado cubierto de heridas, privado de sus miembros, y forzado de renunciar a sus batallas, Hondarribia no puede en adelante Hondarribia no puede combatir. Ella parece guardar sus mutilaciones y adornarse como un veterano se adorna con sus cicatrices. Queremos atribuir a este sentimiento el voluntario estado de degradación en el cual los habitantes de la ciudad dejan varias zonas de su ciudad. Algunas murallas no están de pie más que por costumbre; puede parecer peligroso pasar demasiado cerca; cuando por fin se caen completamente, y quedan los escombros, nadie va a recogerlos ni

IV



a ~~hacerlos~~ desaparecer sus ruinas acumuladas en montículos blanquecinos. Si el Ingeniero militar se extraña de esta manera de actuar, el dibujante, en revanche, encuentra a cada paso motivos pintorescos llenos de Imprevistos. En estas ruinas de tan variadas perfiles se refugian a menudo gitanos de caracteres extraños, de miradas negra como el carbon, de tez amarillenta como el cuero de Córdoba, y sus grupos misteriosos forman ellos mismos cuadros admirablemente compuestos.

V



La actual población — La nueva ciudad —
Sardinas y baños de mar — Las mujeres —
Las fiestas — Las armaduras de Viernes santo —
~~La sardina de la soka~~ — La soka —
muturra — Una travesura a los Franceses —
Id a Hondarribia.

Hasta ahora no he hablado mas que de piedras y no he dicho una sola palabra de la población. Y sin embargo es una de las atracciones de la ciudad. Los hombres, es medio de las minas de su pueblo, han guardado ese gusto por la independencia, esa fiera desconfianza, ese ingenuo orgullo que es el caracter indeleble de los vascos. Nuestros vascos franceses han conservado esta tradición, pues segun sus ^{alegres} canciones cuando Enrique IV llegó a ser rey, no es Navarra la que se unió a Francia, sino la Francia la que ha sido conquistada por Navarra. Y así han sonetido "el mas bello reino del mundo despues del reino del cielo".

Los Hondarribiarras no tienen tan extraordinarios motivos de fiera; guardando siempre las cualidades vascas, parecen, por otra parte, haber renunciado a las ambiciones guerreras por la pesca de la sardina. Bajo la colina, fuera de la antigua ciudad, se ha construido una nueva ciudad, pueblo de pescadores, donde se hace, dicen, un millon de negocios al año. Este barrio, que se le llama el barrio de la Madalena, es al mismo tiempo una estación de baños de mar donde las familias de los alrededores, sobretodo de Irun, vienen

a una playa magnífica, a disfrutar como en San Sebastián de los placeres del verano marítimo. La nueva ciudad que se levanta al fondo de la bahía del Bidasoa, sobre una calle derecha y ancha, sus casas blancas es la parte viva y vulgar de Hondarribia.

Hay otra gloria en Hondarribia, que hoy en día no cesa de ser envidiada; esta gloria, es la belleza de sus mujeres. Se vanagloriaban antiguamente de su coraje como guerreras; ellas parecen haber renunciado a esa parte de su reputación, pero no han renunciado a adornar su belleza ~~de~~ todas sus ventajas. En la iglesia de Ntra Sra los domingos, e incluso todos los días en la fuente, y ~~abre~~ en los miradores, se asiste al despliegue de todos esos artificios inocentes que son comunes ~~allí~~ a la gran señora y a la joven del ~~aldea~~ posada. Las mantillas, las largas trenzas, las enaguas cortas, los toquillos de vivos colores, las chaquetillas de estrechas mangas, estos son los ~~detalles~~ principales detalles de un traje que las mujeres de Hondarribia saben sacar excelente partido. Nuestras modas no han penetrado todavía en esta ciudad; ójala no entren jamás!

No solamente los trajes antiguos han persistido hasta nuestros días; las fiestas han permanecido también con todos los honores. Con ocasión de solemnidades religiosas reaparecen todas las viejas tradiciones. Asistimos a algunas ceremonias muy curiosas y que recuerdan las misteriosas

de la Edad Media.

El viernes santo, se ve salir de un se qué arsenal, la más curiosa colección de armaduras antiguas, de corazas seculares, de las cuales se revisten los "soldados romanos" que velan alrededor de la tumba de Cristo.

El día de Reyes, el cortejo de los Reyes Magos está representado por una tropa extraordinariamente ataviada. Estos orientales de fantasía tienen ~~el~~ la cara ennegrecida, y llevan sobre sus espaldas un palanquín adornado de flores y hojas, al fondo del cual, se esconde, misteriosamente, entre velos, un niño que representa el Dios recién nacido. Esta tropa canta un cántico de extravagantes entonaciones, que tiene la pretensión de simular la música oriental, y cuyo ritmo singular y penetrante me persiguió largo tiempo después de la ceremonia. Los magos, infringiendo su dignidad real, no tienen ningún escrúpulo en tender a los paseantes sus platillos de cuestores.

La fiesta nacional por excelencia, la corrida de toros, tiene en Valladolid un carácter popular.

Cuando hay corrida de toros el novillo que será el héroe de la fiesta, es llevado a la plaza principal, al son de una música, que es suficiente, a mi entender para crisparle los nervios. Tiene los cuernos muy puntiagudos; se le tiene atado fuertemente por una sólida cuerda bastante larga para permitirle recorrer toda la calle Mayor, desde la iglesia a la puerta de la ciudad. A la señal convenida,

se sueltan tres o cuatro perros para que le persigan y muy pronto todos los de la ciudad, ~~los aficionados~~ se mezclan con los aficionados.

Las reglas de esta corrida son las siguientes: el toro, en el límite de su cuerda, puede recorrer la calle y atacar todo lo que encuentra; solamente como hace falta un refugio para la multitud. Defensa no tiene derecho de perseguirles en las calles adyacentes. Cuatro jóvenes robustos jóvenes, que sujetan el cabo de la cuerda, están allí para pararlo por si quiere permitirse esa fantasía. Tiene derecho a destripar a los perros que le acosan, y si atrapa de una cornada a algún desgraciado víctima de alguna falsa maniobra, se recuerda durante mucho tiempo, que aquel día ~~será~~ la *Sokamutueria* fue muy divertida en Hondarribia.

Las damas, con sus uñas brillantes ateados, están en los balcones, agitando sus pañuelos, gritando bravo y arrojando flores a los más audaces. Las banderas rojas voltean en el aire por todas partes y en el gran balcón del Ayuntamiento, el alcalde y los notables de la ciudad presiden la fiesta. Los aullidos de los perros, los bravos y los desafíos de la multitud, el ruido ensordecedor de los pifanos y tambores, dan a este espectáculo una animación y un brío extraordinarios.

Se está rápido al corriente de las reglas de este salvaje juego; lo que hay que anotar en su favor es que no se mata al des-

desgraciado toro, y el peligro es fácil de evitar para el espectador de la calle.

Sin embargo desde los primeros días pudimos constatar después de dos o tres alertas, que para nosotros Franceses no había límites en la largura de la cuerda, y los que vigilaban a que el toro no ~~se~~ entrara en las calles de refugio, tenían distracciones cuando se trataba de dos artistas franceses.

El verdadero peligro de esta corrida consiste el pánico de la gente asustada por una vuelta ofensiva del animal. Cuando un niño tropieza y cae, el embotellamiento se produce, y el toro continuando su carrera levanta de una cornada al primero que encuentra.

Asistimos a muchas fiestas no menos pintorescas que son para el artista y para el extranjero delicias de "gourmet"; nos falta espacio para describirlas; hemos dicho lo suficiente para que nuestro aprecio por esta pequeña y querida ciudad vasca sea ampliamente justificada. A todas las que quieran, por decirlo así sin salir de Francia, conocer la más española quizás de todas las ciudades de España, les diremos, después de nuestra experiencia: "Pasad por Hondarribia".

Traducido al Español, por Juanita Alcaín Eizaguirre

RELACION DE LAS PLAZAS, CALLES, BARRIOS Y DEMAS ENTIDADES
DEL DISTRITO MUNICIPAL DE FUENTERRABIA, FORMADA POR LA
JUNTA MUNICIPAL DEL CENSO EL 31 DE DICIEMBRE DE 1920.

=====

Sección primera. FUENTERRABIA, capital del Ayuntamiento

COMPRENDE LAS CALLES Y PLAZAS SIGUIENTES:

Calle Mayor - Pares del 2 al 32. Impares del 1 al 33
Calle del Obispo - Casas números 1 al 13 impares.
Paseo del General Muñoz - Casa número 1
Calle Pampinot - Casas números 2 al 28
Calle del Sol - Pares del 2 al 10. Impares del 1 al 3.
Calle de Ubilla - Pares del 2 al 10. Impares del 1 al 9.
Calle Juan de Laborda - Pares del 2 al 8. Impares número 1
Calle del Pintor Echenagusia - Impares 1 al 19.
Paseo de la Muralla. - Casa en construcción.
Plaza de Armas - Casas 1 al 16.
Calle del Norte - Impares 1 al 9.
Calle Carniceria - Casa número 1.
Calle Plateria - números 1 al 6.
Calle de las Tiendas - Pares 2 al 18, Impares 1 al 15.
Calle de San Nicolas - Pares 2 al 18. Impares 1 al 25.
Avenida de Javier Ugarte - Pares 2 al 14. Impares 1 al 3.
Extramuros - números 1 al 12.

Sección segunda - BARRIO DE LA MARINA.

COMPRENDE LAS CALLES SIGUIENTES

Calle de San Pedro - Pares 2 al 38. Impares 1 al 77.
Calle de Santiago - Impares 1 al 87.
Calle de Santa Maria Magdalena - Pares 2 al 10. Impares 1 al 5
Calle de Zuloaga - números 1 al 21.
Calle de Machin de Arzu - números 1 al 17.
Calle de Don Domingo de Eguia - Pares 2 al 4. Impares 1 al 3.
Calle de Almirante Alonso Cabrera - números 1 al 7.
Paseo de Butrón - números 1 al 10.
Paseo del Faró - Pares 2 al 12, Impares 1 al 15.
Calle del Marques de los Velez - número 1.
Calle del 7 de Septiembre - número 1.

Sección tercera - BARRIO DE JAIZUBIA

COMPRENDE LAS CASAS SIGUIENTES

ENTIDADES - 1 Beko errota - 2 Erdiko errota - 3 Goiko errota -
4 Amezti Punta - 5 Tolartegui - 6 Simonenea - 7 Ba-
chillerenea - 8 Monserrat - 10 Arotzenea - 11 Ipiz-
tiku.

EDIFICIOS DISEMINADOS - 12 Elis-garay - 13 Edis-azpi - 14 Eliz-

berri - 15 Muñoz berri - 16 Zarautzenea - 17 Bordatxo -
 18 Luberri - 19 Mediamborda - 20 Zigarroa - 21 Ogallurreta-
 azpi - 22 Ogallurreta - 23 Muñoa - 25 Esteutz-azpi - 26 Ez-
 teuzko errota - 28 Esteutz Berro - 29 Lobiaga - 30 Bordabe-
 rri - 31 Gainza berri - 32 Camino berri - 33 Camiyo - 34 Es-
 cuela txakola - 35 Junkera - 36 Parchalategui - 37 Caicuegui
 38 Tellagorri - 39 Idurmendieta - 40 Landagorrieta - 41 Txako-
 la - 42 Bordagain - 43 Semeronea - 44 Artzanozar - 45 Artzano-
 berri - 46 Manciateguiberri - 48 Berrotaran - 49 Arrutela -
 50 Aguinaga - 51 Aguinagasasi - 52 Istillaundiberri - 53 Is-
 tillaundiberrizar - 54 Ilbástieta - 55 Aguinagaberri - 56 Zo-
 kueta - 57 Aguinagasasiberri - 58 - Bordachikiberri - 59 Sal-
 dumbordaberri - 60 Saldumborda - 61 Saldumbordatxiki - 62 Ka-
 miotxiki - 63 Ilbistietaberri - 63 Taberna - 64 Gaintxurizque-
 ta - 65 Guebaralarre - 66 Zubieta - 67 Lerifeneea - 68 Arambu-
 runea - 69 Aristi - 70 Mendeluzar - 71 Zubieta-azpi.

Sección cuarta - BARRIO DE AKERTEGUI

COMPRENDE LAS CASAS SIGUIENTES

1 Peñon Cantábrico - 2 Casa Beruete - 3 Porteria - 4 Ainguerunea
 5 Renato enea - 6 Villas Gemelas - 7 Jazmin etxea - 8 Play-
 alde - 9 Ur Ondo - 10 Villa Guadalupe - 11 Chalet Bidasoa -
 12 Villa Ederra - 13 Villa Polita - 14 Etxola - 15 Mendibea
 16 Basatenea - 17 Villa Rosario - 18 Terras Eder - 19 Lorea
 artean - 20 Urbizi - 21 Ixas aurre - 22 Amachoenea - 23 Aiza-
 be - 24 Arroka - 25 Colonias Blanca de Navarra - 26 Villa
 Ana Mari - 27 Inguru eder - Cochera - Puñalenea - Villa Lo-
 raitz - 29 Goizut -

EDIFICIOS DISEMINADOS 30 Estebanenea - 31 Ochotenea - 32 Aito-
 nandinea - 33 Lerifeneagoya - 34 Consulonea - 35 Navarreneaa -
 36 Echechuri - 37 Mifuenaa - 38 Minaseca - 39 Bordaberri -
 40 Erreka - 41 Bordaberri txiki - 42 Palentifeneaa - 43 Mari-
 zanzenea - 44 Izenea - 45 Bellobeltzeneaa - 46 Errezubinea -
 47 Felizceneaa - 48 Ipiztikunea - 49 Salcedonea - 50 Inciondo-
 nea - 51 Ferraenea - 52 Ferraeneachiqui - Bizkundinea -
 Larramendinea - 59 Tarratenea - 60 Villa San Antonio - 61
 Conserjeria Cementerio - Cementerio - 62 Dominchenea - 63
 Condonea - 64 Jamotenea - 65 Anchumborda - 66 Planta - 67
 Chaniquenea - 68 Romeronea - 69 Blanquenea - 70 Mikelenea -
 72 Palacio - Iparraguirre - 74 Cantina Errandonea - 73 Erran-
 donea - 75 Chapelingoia - 76 Tomasaindunea - 77 Montañenea -
 78 Echechiqui - 79 Alkizenea - 80 Errazquifeneaa - 81 Chape-
 limbea - 82 Casa Imaz - 83 Nujurubea - 84 Masti - Arostegui -
 Villa Aurora - Saindua - Glim - Fronteranea - Torralbanea -
 Villa Mimosa - Villa Girasol - Villa Amapola.

Sección quinta - BARRIO DE ARKOLL Y SANTIAGO

COMPRENDE LAS CASAS SIGUIENTES

1 Bidegurutzeberri - 2 Bidegurutze - 3 Arguifeneaa - 4 Enda-
 enea - 5 Matutenea - 6 Pifuenaa - 7 Albizenea - 8 Politenea
 9 Villaryarza - 10 Mirandarena -

EDIFICIOS DISEMINADOS - Convento de los Sagrados Corazones -

Sanjundonea - Escorza - Tomoenea - 14 Salamanquenea - 15 Marienea - 16 Marcosenea - 17 Bekoborda - 18 Damboliñenea - 19 Sargina - 20 Arburunea - 21 Marikiñenea - 22 Iguifiñenea - 23 Gonchalonea - 24 Zuloagaaundi - 25 Antoju - 26 Echeverri - 27 Zelaiburu - 28 Chendueneagoya - 29 Ambulodienea - 30 Balles-taenea - 31 Mugarrieta - 32 Echaenea - 33 Martinchenea - 34 Saincigarreneas - 35 Larragain - Armita Santiago - 36 Soldadueneberri - 37 Soldaduenea - 38 Bustifialde - 39 Bustifialdeberri - 40 Apachara - 41 Pascualenea - 42 Aparharazar - 43 Vicente oquerrenea - 44 Aparharaberri - 45 Maidaenea - 46 Albisturrenea -

Sección Sexta - BARRIO DE SEMISARGA

COMPRENDE LAS CASAS SIGUIENTES

1 Chicherienea - Villa Lolita - Villa Zortziko - Atiñ Arifi - Villa Elisa - Nere Ametza - Ibar gain - Pachamoskenea - Chimistenea - 9 Muliata - 10 Saindua - 12 Casanovanea - 13 Gurutze -

Edificios DISEMINADOS 14 Tomaszarzunea - 15 Zanzenea - 16 Arguiñenea - 17 Miserebea - 18 Lesacanea - 19 Miseregoya - 20 Chomifiñenea - 21 Costoenea - 22 Postigu - 23 Infernua - 24 Barrenechea - 25 Tristaenea zar - 26 Tristaenea berri - 27 Txakarreneas - 28 Echechiqui - 29 Mozkenea - 30 Galzadaburu - 31 Chendueneas - 32 Exemplonea - 33 Zigarreneas - 24 Aguirreneas - 35 Takenas - 36 Astigarragaenea - 37 Botica - 38 Tudeleneas - 39 Miguel de Lesaca - 40 Chiplauchiki - 41 Chiplau aundi - 42 Choriñenea - 43 Chomorroneas - 44 Balantoneas.

Sección séptima - BARRIO DE LA COSTA

COMPRENDE LAS CASAS SIGUIENTES

1 Casa Garcia - 2 Ramonchonea - 3 Raguanenea - Franciscaenea Lagares Sarasola - Casa Zubiri - Villa Concha - Conserjeria Villa Concha - Lagares de Laborda - Erreronea - Ermita de Santa Engracia - Joaquin Marienea - Iruanayenea - Izenea - Casa Ormazabal.

EDIFICIOS DISEMINADOS - 21 Ilbistieta - 22 Elcartarreneas - 23 Melchorenea - 28 Carmentorena - 27 Inchaundi - 30 Patrioenea 31 Villa San Antonio - 32 Incholachiki - 33 Casa Arburu - Casa Arocena - Casa Aguirreche - Lagar de Aguirreche - 34 Urbifiñeneaberri - Urbifiñenea - Casa Letamendia - 41 Convento de Capuchinos - 42 Conventuberri - 43 Conventuchiqui - 45 Conventuaurrea - Conventu alde - Casa Miguel - Amute - Taller de Marmoleria de Sagarzazu - Escuelas - Pimpilimpausa - Manufactura Vulca - 54 Cuartel de San Isidoro.

Sección octava - BARRIO DE LA MONTAÑA

COMPRENDE LAS CASAS SIGUIENTES

1 Arsu - 2 Larrezuri - 3 Alchaco chiqui - 4 Alchaco aundi - 5 Percassnea - 6 Nujuruenea - 7 Echechiqui - 8 Garaicoechea -

9 Saraberdi - 10 Gornus - 11 Muisenea - 12 Peráquenea -

EDIFICIOS DISEMINADOS

13 Leguia - 14 Lecuona - 15 Echeberri - 16 Deseada - 17
Gaztelu (San Telmo) - 18 El Faro - 19 Cuartel de Carabine-
ros Higuier - 20 Cuartel de Carabineros de Portomoco - 21
Molino de Arzu - 22 Justiz - 23 Lizanabar - 24 Legüeta -
25 Purgatorio - 27 Guadalupe Gantina (de) - 28 Ermita de
Guadalupe - 29 Fuerte de Guadalupe - 30 Cuartel de Carabine-
ros de Herencin.

Sección Novena - BARRIO DE LA LONJA

COMPRENDE LAS CASAS SIGUIENTES

1 Casa Ascensio - 2 Casa de Arizpe - 3 Casa de Iñarra -
4 Villa Catalina - 5 Casa Olasagasti - 6 Casa Lecuona -
7 Casa Sorozabal - Casa Tomasa - Caseta de Carabineros -
Salon Teatro Casino - Conserjería Casino - Convento de las
Hijas de la Cruz - Villa Miruzka - Villa Genoveva - Hotel
en construcción - Casino Mirentxu -

Sección Décima - BARRIO DE DAMARRI

COMPRENDE LAS CASAS SIGUIENTES

1 Hotel Mouriscot - Casa la Gloria - Sidreria la Gloria -
Alhóndiga - Casas de Arizpe - Casa Gonzalez - Casa de Candi-
do Jauregui.

Sección Undécima - BARRIO DE MUGONDO

COMPRENDE LAS CASAS SIGUIENTES

1 Villa Juanita - Deposito de carbón - Villa Venancia -
4 Villa Unión - 5 Casa Salaverria - Panadwria - 7 Mendelu-
berri - 8 Casa Maria Antonia Aguirre - 9 Casa Leiroz -
10 Casa Basterrica - 11 Casa Sagarzazu - Casa Lazcanotegui-
Casa Oruezabal - Mugondo - Casa Albizu - Panaderia.

Florentino Portu


LAS PERSPECTIVAS "SCENOGRAFICAS" "de San Sebastián de Lepuzcoa"
y "O Cubo de Fonterabia".

Comdte.Dr.Juan Manuel Zapater
Asesor Histórico Militar.

La cartografía militar del siglo XVI, estuvo regida por las normas de los ingenieros italianos de la "Nueva Escuela Abaluartada", traídos por el Emperador Carlos V. Se atendía a tres modos de representación: "ichnografías", para las plantas o delineación horizontal; "orthografías" o dibujo de perfiles y cortes; y "scenografías" para las composiciones en perspectiva, conocida también por "caballera". Las dos primeras se proyectaban con arreglo al "pitipie" o escala, la tercera o "scenográfica" era más libre en cuanto a la composición de edificios civiles o religiosos, y más rigurosa en cuanto se tratara de la representación de las fortificaciones.

Los facsímiles "de San Sebastián de Lepuzcoa" y "O cubo de fonterabía", pertenecen al tercer modo "scenografías" y su principal carácter era el informativo (en tanto que las "ichnografías" y "orthografías" constituían material indispensable para la fábrica de las fortalezas).

PERSPECTIVA "SCENOGRÁFICA", "de San Sebastián de Lepuzcoa".

Interesante y poco conocida "scenografía" de las fortificaciones de San Sebastián, correspondiente al sector Sur, en la primera mitad del siglo XVI. Refleja las obras de defensa realizadas tras los sitios del año 1512, por el duque Francisco de Angulema, después rey de Francia (Francisco I). Sabido es que, en aquella ocasión los ejércitos franceses mandados por el duque de Borbón y Lautrec, penetraron en Guipuzcoa, arrasando a Irún, Rentería, Oyarzun y Hernani, poniendo en grave trance a la propia ciudad de San Sebastián.

En su consecuencia, años más tarde, Carlos V mandó a reconocer las fortificaciones a D. Pedro de Peso, "Visitador de Fortalezas", que entre 1529 y 1530 empleó al maestro ingeniero, Lope de Iturriaga para las obras de Fuenterrabía, en tanto él quedaba con las de San Sebastián.

D. Pedro de Peso, aumentó las defensas ejecutadas en 1527, por el ingeniero italiano, Gabriel Todino de Martinengo, Prior de Barletta, quien retirado del servicio en 1533, fue relevado en las fortificaciones de San Sebastián por otro italiano, Benedicto de Ravena. A Benedicto, se debe una valiosa "Relazion o Traza de la Villa de San Sebastián", fechada en 7 de julio 1534 (ref. Memorial de Ingenieros del Ejército, Colecc. de Memorias; tomo XLIV, año 1927; cit. del "Estudio Histórico Militar referente a la primera mitad del siglo XVI", de F. de Sojo y Lomba, págs. 275-277).

Posteriormente, el capitán Villaturiel, nombrado "Alcaide de la Fortaleza de S. Sebastian" por el capitán general de Guipuzcoa, D. Sancho Martínez de Leyva, hizo en 1548 una planta o traza de las fortificaciones, que se encuentra en el Archivo General de Simancas (Valladolid) y pasa por ser uno de los planos más antiguos. En dicho plano aparecen los Cubos del Ingente, Imperial, Torriano y de D. Beltrán -obras anteriores al Prior de Barletta, acaso ejecutadas por D. Pedro Navarro. El Cubo de refuerzo del castillo de La Mota, levantado en lo alto del Monte Urgull y la Puerta del Muelle, igualmente visibles, fueron aprobadas en 1535-.

La "scenografía", "de San Sebastián de Lepuzcoa", por datar de 1539 a 1540, representa las fortificaciones construidas por Gabriel Todino de Martinengo, D. Pedro de Peso y Benedicto de Ravena (también es visible, junto a la Puerta del Muelle, el Cubo levantado por Navarro y Diego de Vera).

La personalidad del delineador, Francisco d'Ollanda, es desconocida y no figura en la larga serie de recopilación hecha por el brigadier D. José Aparici, en diferentes archivos españoles, a mediados del pasado siglo XIX. Nada por el momento puede aducirse y sería motivo de búsqueda en el citado Archivo General de Simancas. Pero por la fecha de

su ejecución, coincide con el paso del Emperador Carlos V por San Sebastián, Pasajes y Fuenterrabía, cuando a través de Francia -por especial salvoconducto de Francisco I, su rival- se dirigía a los Flandes. En aquella ocasión, el Emperador pidió le fueran hechas diversas perspectivas de las fortificaciones de aquellas plazas. ¿Pertenece esta "scenografía" a uno de aquellos encargos? ¿fue hecha en otra ocasión y con otros fines políticos o militares?

Hemos señalado, por último, sobre el facsímil las fortificaciones a que hacemos referencia:

Sector Sur del recinto, siglo XVI

- a) Cubo del Ingente.
- b) Lienzo de muralla, entre el Cubo del Ingente y el Cubo o Baluarte Imperial.
- c) Puerta de Tierra.
- d) Cubo o Baluarte Imperial.
- e) Lienzo de muralla, entre el Cubo o Baluarte Imperial y el Cubo de D. Beltrán.
- f) Puerta del Muelle (en el sector del Oeste)
- g) Cubo del Castillo de La Mota, en lo alto del Monte Urgull.
- h)

PERSPECTIVA "SCENOGRAFICA", de "O cubo de Fonderabia".

Curiosa traza que nos muestra las obras hechas por el coronel Roquendorf entre 1524 y 1539, explicadas en su "Relación de lo que su Magstad ha gastado en esta Villa de Fuenterrabía, en la Fortificación de ella, desde 8 de agosto de 1524, que empezaron las obras hasta 12 de diciembre de 1539 años" (ref. del Memorial de Ingenieros del Ejército, ya cit; págs. 277-281). Son tan precisos los datos que contiene la "Relación" de Roquendorf, que con claridad se determinan como entre esos años 1524-1539, se terminaron las siguientes obras: El Cubo de Leyva; el lienzo de muralla desde el Cubo de Leyva al de la Magdalena; el Cubo de la Reina; el Cubo Imperial y el de Diego López; el foso general y la plataforma de San Nicolás. El costo de los trabajos ascendió a

48.646 ducados, y otros 5.928 ducados para reparos de las obras viejas.

La identificación de las obras hechas por Roquendorf, pueden seguirse en la "scenografía" del "O cubo de fonterabia", constatadas con las que se representan en el plano hecho cien años más tarde, en 1640 por el ingeniero Isasi y que se guarda en el Archivo General de Simancas. Sojo y Lomba en su trabajo citado, reproduce el plano de Isasi para mostrar el estado de las fortificaciones construidas en Fuenterrabía, pero no hace ninguna alusión a esta excelente perspectiva.

Del mismo modo que en anterior caso, igualmente señalizamos sobre el facsímil las importantes obras de defensa:

- a) Cubo de la Magdalena.
- b) Lienzo de muralla, entre el Cubo de la Magdalena y el Cubo o Baluarte de San Nicolás.
- c) Cubo o Baluarte de San Nicolás, con la Plataforma terraplenada, y algunos cañones a barbata para flanquear la Puerta Principal (existía otra Puerta, la de "Santa María", al Sur del Recinto que abría el camino de Irún).
- d) Puerta de San Nicolás, al oeste del Recinto (el dibujo permite apreciar los puentes levadizo y durmiente).
- e) Lienzo de muralla entre la Puerta de San Nicolás y el Cubo o Baluarte de la Reina.
- f) foso general.
- g) Antigua fortificación, superada por las obras de Roquendorf.

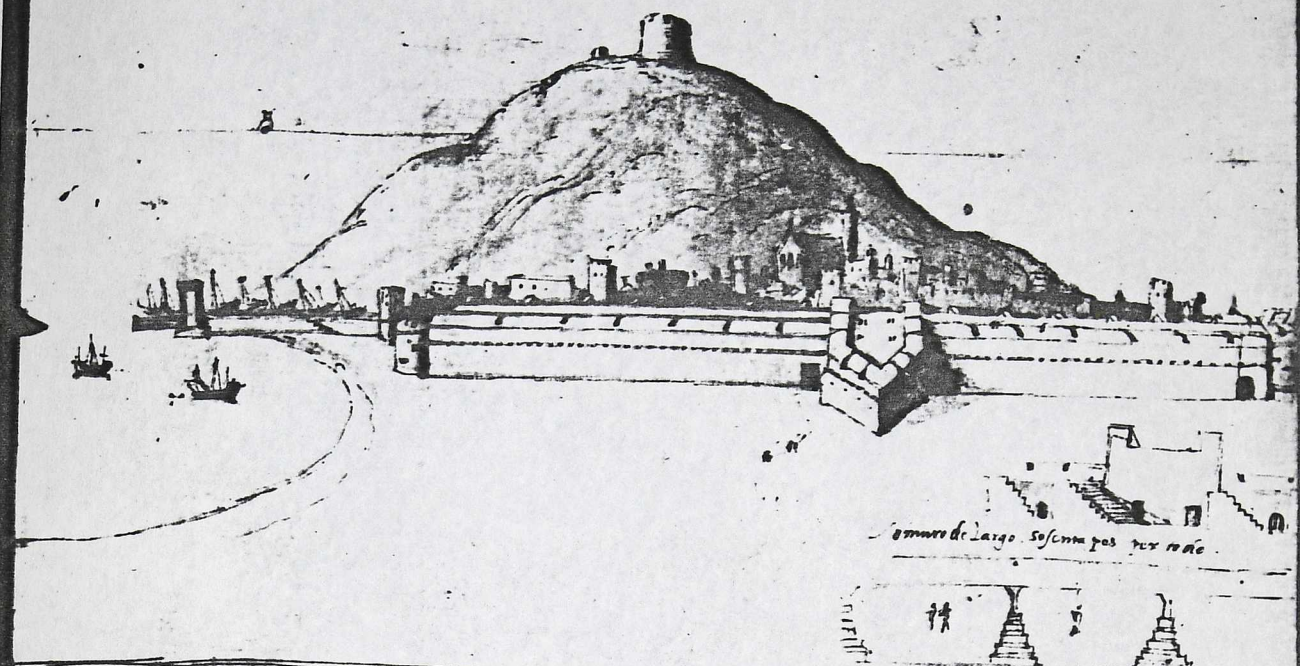
Respecto a las viñetas de diferentes tipos, revelan el uso corriente que los delineadores renacentistas o barrocos hacían en sus planos, Francisco d'Ollanda parece o puede representar a los guipuzcoanos con prendas características. Tal vez no deba dejarse, dada la "ambientación clasicista" de la época, pudiera representar una alegoría a la fundación romana de San Sebastián; la cartografía hasta bien entrado el siglo XVIII y en las leyendas, repetía la tradición de dichos orígenes como por ejemplo el plano de Juan de Landaeta, del año 1724, "S.n SEBASTIAN en guypuscoa" (ref.Serv.Hist.Mil.Madrid; sign. O-m-5-2, hoja 7ª), que respecto a la fundación, dice así:

"El origen parece del Emperador Basiano Antonino Caracala. Año 215, pues dicen la llamó Salties Basiani, Bosque de Basiano y pudo alterarse en S. Sebastian".

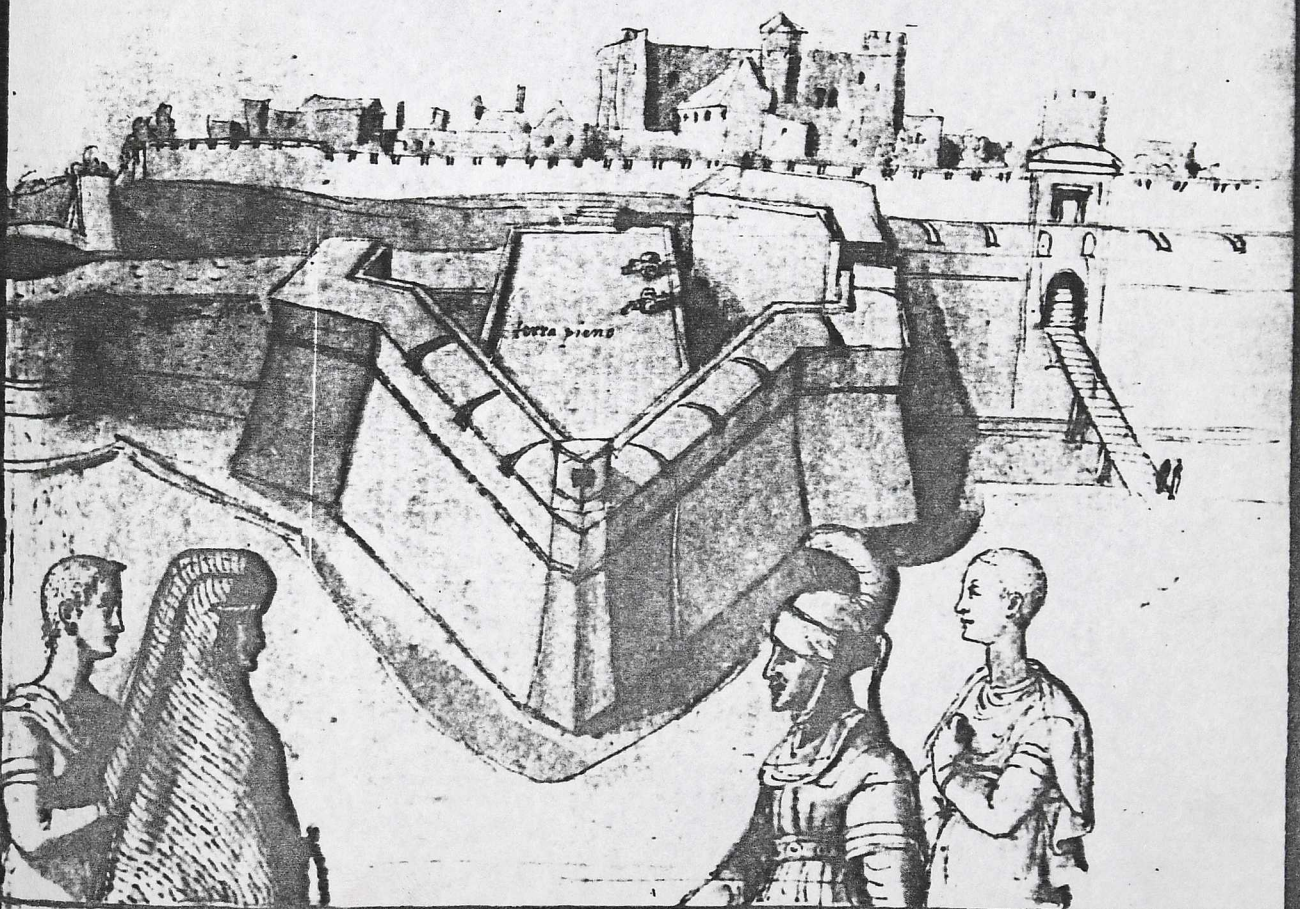
Si siguiéramos esa corriente, tan en boga durante la Edad Moderna -aunque no aceptemos el argumento histórico-, cabría presuponer al artista una capacitación humanística y en tal caso, según era costumbre, representar diferentes tipos de la fundación. Los especialistas en vestuarios, ademanes y viñetas de la cartografía militar del siglo XVI pueden dar la última opinión.

. . .

de San Sebastian a Lepuzca



o cubo de fontevia.



DE BAYONA.

DE LEPUZCA.

205

22